

CON LA MEJOR INTENCIÓN

POR
CONSTANCE TALMADGE



Nº 6

BIBLIOTECA PERLA
PUBLICACION QUINCENAL

60

BIBLIOTECA PERLA

July 1923

CON LA MEJOR INTENCIÓN

ADAPTACIÓN LITERARIA DE LA COMEDIA
CINEMATOGRAFICA DE IGUAL TÍTULO
INTERPRETADA POR LA GENIAL ARTISTA
CONSTANCE TALMADGE

POR
D. FARELL VALLS



EXCLUSIVA DE LA CASA L. GAUMOND
PASO GRACIA, 56 (ESQUINA VALENCIA)

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN : PARÍS, 204 - BARCELONA



A GUISA DE PRÓLOGO

En la importantísima vía del Broadway neoyorquino X..., se levanta uno de los más importantes rascacielos, admiración de extranjeros y orgullo de los habitantes de la febril ciudad.

En los bajos del robusto edificio están los más importantes almacenes de toda clase de manufacturas y géneros, de los cuales se surten las innumerables factorías y tiendas de los pequeños ranchos extendidos de Norte a Sur de los Estados Unidos y la América toda...

Los demás pisos están ocupados por despachos y oficinas de las más distintas especies, en los que se desarrollan las actividades todas de humano saber y de la actividad comercial. Abogados, navieros, artistas, entidades mineras, agrícolas, banqueros, literatos y sociedades cuyo fin no está del todo aún aclarado entre comercial y taluera...

Entre este abigarramiento de convecinos incontables, que más a su servicio explotan los esfuerzos de los potentes ascensores del edificio, figura el digno y afamado abogado Bernardo Pattetson, de gran influencia tanto en las esferas comerciales como en

la alta sociedad, pues su intervención en los distintos y complicados asuntos es garantía de éxito en los negocios o bien de seriedad en las cuestiones de índole forense, ya criminal, ya civil.

Cierta mañana, en que el tiempo lluvioso ensombrecía aún los pisos más altos del rascacielos, estaba Patterson esforzándose en combatir el amodormimiento a que el cielo encapotado inclinaba, estudiando un importante asunto jurídico, encomendado precisamente por una de las familias sobresalientes entre la buena sociedad neoyorquina.

Ante la puerta del bufete se detuvo, vacilante, una dama; parecía no atreverse a dar un paso adelante, no obstante y llegar con todas las señales de precipitación.

Decidióse y llamó:

— ¿El abogado señor Patterson?

— Puede pasar la señora — contestó el pasante, hombre joven y de rostro inteligente.

Patterson apenas hizo un ligero ademán de indicación, para que la joven dama tomara asiento ante la mesa del abogado.

Luego de seguir unos minutos, como absorto en la terminación de una de las páginas del legajo que tenía entre sus manos, levantó su altiva frente, adornada por las canas respetables de una bien formada cabeza de hombre completamente organizado, y dibujando una galante y expresiva sonrisa, levantó sus claros ojos hasta los bellísimos de la joven...

— ¿Cómo!... ¿Usted por aquí, señora de X...? — exclamó, fingiendo una extrañeza que no tenía, ya que a fuer de buen abogado estaba al corriente de todo cuanto ocurría en el seno de las familias de los clientes... y los no clientes de la alta sociedad.

— ¡Clarol... ya decía yo — dijo la joven — indudablemente el abogado de mi marido extrañará mi... mi atrevimiento...

— ¿Y a qué debo, pues, el honor de su visita, señora de X...?

— Sencillamente, a tener la necesidad de efectuar una importante consulta, de la que depende quizá la felicidad con mi esposo...

— ¿Tan grave es el asunto, amiga mía?...

— ¡Usted dirá... una vez me haya explicado!...

— Estoy escuchando.

— Sabe usted, señor Patterson, el empeño con que mi padre trabajó toda su vida para poderme legar una regular fortuna el día de mi matrimonio...

— Me consta; he sido el abogado de su padre durante toda su vida...

— Hace ya algún tiempo que mi esposo Enrique parece que sufre algunas contrariedades en los negocios, o al menos así me lo parece, porque ya no pasa a mi lado tantas horas como antes...

— ¿Esas razones son las únicas que le sirven de base para suponer que los negocios de su marido no van del todo bien?

— Sí, señor Patterson; porque tengo la absoluta certeza sobre otra índole de falta de afecto... Además, como supondrá usted... no he dejado de hacer sobre el particular mis importantes averiguaciones...

— ¡Entonces!... ¿Qué pretende usted?...

— Verá, señor Patterson... yo creo que tengo la culpa de que mi esposo no sea tan cariñoso conmigo...

— ¿Y por qué?

— Porque yo no le ayudo, yo no soy, quizá, lo suficientemente cariñosa, porque jamás me he mezclado en sus negocios...

Patterson no pudo contener una franca carcajada.

— ¿Eso es todo?... ¿Esta es la causa de su inquietud?

— Sí, señor Patterson; yo creo que mi esposo está quejoso de mí porque sólo pienso en mis cosas, en mis caballos, en mis haciendas y en nimiedades, y en cambio no he hecho nada para ayudarlo en sus horas de trabajo... Con este convencimiento venía a preguntar qué parecer tenía usted respecto a que yo entrara a formar parte de los importantes negocios de mi marido...

Eso, más que yo, señora, es él quien debe contestarlo...

— Es que mi marido no quiere que lleve mi cooperación a sus negocios; pero yo creo que mi deber, mi cariño, me obligan a intervenir...

— ¡Creo que está en un error!

— Pero yo amo a mi esposo, y quizá pueda ayudarlo indirectamente...

— ¿Cómo?

— Pues procurando atraerme el afecto de las familias de aquellos que ya sean contrincantes, ya necesarios para su ayuda...

— ¡No! ¡De ninguna manera!... — exclamó resueltamente el abogado.

— ¿Por qué, señor Patterson?

— ¡Esto podría ser causa de la desgracia entre ustedes!...

— ¡No comprendo!... Si siempre será el cariño lo que guíe mis pasos y mis intenciones...

— ¡He aquí el error de muchas esposas; creen que su afecto es mayor si se mezclan en los asuntos del marido, sin que él lo requiera, y entonces labran su infelicidad para siempre!

— ¡Señor Patterson... quizá usted exagera!...

— ¡No, amiga mía; y para convencerla, voy a prestarle unas notas que por curiosidad tomé y ordené sobre un caso en el cual, ligeramente, tuve el pesar de intervenir. Es una cosa que en la forma tiene sus momentos frívolos; pero en el fondo posee una importante lección para las esposas...

Patterson levantóse y entre los estantes alcanzó unos pliegos escritos a máquina...

— ¡Léalo, y me lo devolverá después; es una cosa que parece un argumento de película; va a gustarle, y aunque parezca algo inverosímil, tiene su miga... tiene su miga!... — añadió sonriendo, mientras estrechaba la mano de la joven.

— Gracias, señor Patterson; agradezco de veras su atención.

Tomó en sus manos el pliego y bajó en el ascensor...

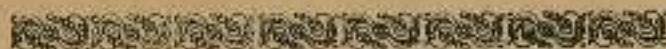
En cuanto la señora de X... descendió de su lujoso auto, le faltó tiempo para encerrarse en su gabinetito y abrir el sobre que contenía las notas...

Y leyó: CON LA MEJOR INTENCIÓN.

Y estos apuntes, estas notas, son las que ofrecemos para solaz de nuestras lectoras y lectores, en especial a las primeras.

Y este argumento de película, que literariamente más o menos bien hilvanado, es como sigue...





CON LA MEJOR INTENCIÓN

I

La gentil y adorable Amelia Dean era la mujercita más bella y romántica de todas las jóvenes de California.

Sus ojos llenos de sueños e ilusiones, se posaron juguetones y cariñosos en el rostro no menos bello y varonil del distinguido cronista de salones Gabriel Gordon, cuya reputación de periodista elegante corría, no obstante, parejas con la de un emprendedor de grandes negocios.

Si la familia Dean, una de las más opulentas de la ciudad, contaba una inmensa relación, no menos amigos y admiradores eran la serie de seguidores de Gordon.

La noticia del enlace entre los simpáticos jóvenes llenó de alborozo a toda el alta sociedad californiana, especialmente al sexo débil, que acudió a los festejos y ceremonias con entusiasmo inusitado.

¡Con qué satisfacción las amables amiguitas de la joven esposa le dieron el nombre de «señora Gordon» el día esplendoroso de la boda, día del mes de junio en que se mezclaba al aroma penetrante de las flores recién abiertas, a la brisa matutina, el repique de las campanas de boda!

Entre risas, lágrimas de alegría y pétalos de rosas deshojados, que como lluvia de paraíso caía sobre sus cabezas, la gentil parejita corre, más que camina, hacia la estación del tren que debe conducirles al lugar destinado que les promete los sabores dulcísimos del principio de una deseada luna de miel.

Como un brillante compañero de Gordon, cronista de salones escribió, las amistades todas de los contrayentes se citaron en los amplios andenes de la estación, para darles una última prueba de afecto con su despedida entusiasta, pudiéndose decir que toda la ciudad se asoció al júbilo.

El emocionante momento de la despedida casi constituyó un conflicto de orden público, tal era el frenesí para demostrar las simpatías y cariño hacia los viajeros.

Aquello era una verdadera locura: la cariñosa y animada Amelia quedaba verdaderamente ahogada entre los brazos que con fuerza y efusión sus compañeras quisieron demostrarle su sincero entusiasmo, besos, apretones, palabras, mezcla de envidiosilla y de alegría, tirones de vestidos...

Gabriel no quedaba menos agobiado entre el tra-

bajo de apretar manos amigas y recibir cajas, paquetes de regalos y equipajes: aquello era un arsenal de artículos de todas clases capaces de llenar todos los vagones del tren, si hubieran tenido autorización para llevárselos.

Allí no se olvidaba nada, ni por parte de las familias ni de los amigos obsequiosos... ¡Te, mostaza, guantes, gato de Angora, patines, skis, flores, mantas, cajas de sombreros!

— ¡Nada se olvida! ¡Nada se olvida — exclamaba con ironía el negro encargado del *slipping*, apabullado con tantos paquetes y paquetitos.

La escena era tan cómica, que incluso unos obreros que estaban repasando las ruedas del convoy, con su martilleo y sus risotadas, improvisaron un ridículo y ruidoso concierto para que nada faltara a la regocijante despedida.

Puso fin al jolgorio el agudo toque de la campana de la estación, que con su rigorismo y exactitud no permitió se prolongara tan original despido.

Cuando el eco de las voces y gritos de despido se extinguieron, quedaron frente a frente los recién casados, si bien la balumba de paquetes sólo dejaba descubierta la cabecita alegre y sonriente de Amelia, y abriendo sus labios como un pico de palomita dijo a su ya eterno compañero:

— ¡Qué cara hacemos!

— La verdad, querida muñequita, nuestros amigos han extremado un tanto su efusión...

Entró entonces el revisor del tren y de momento quedó perplejo, pues no sabía a punto fijo si en el vagón viajaban personas o estantes de un gran establecimiento.

— ¡Eh, señores viajeros; esto no es posible, tendrán que pagar billete doble!

— Aguárde usted un momento que lo pongamos en orden y verá qué reducido queda todo.

En un santiamén Amelia y Gabriel, entre carcajadas y sabrosos comentarios, ordenaron aquel tropel de cosas.

— ¿Qué le parece, señor revisor?

— Que tienen, afortunadamente, una alegría admirable... — y añadió alejándose guiñando el ojo — ¡que se diviertan, jóvenes!

Llegados que fueron felizmente al pintoresco valle de Yosemite, se aposentaron en un bonito chalet, que los padres de Amelia les regalaron, y allí Gabriel Gordon, que aspiraba a llamarse algún día el rey del petróleo, olvidó para siempre las cuartillas, y por algún tiempo los planes de negocios, para pensar solamente en que al lado de su mujercita adorable iba a ser el hombre más feliz de la tierra.

Amelia no pensaba de distinta manera, y se forjó un mundo de ilusiones, trazando planes para el porvenir, en que los mimos y caricias, las expansiones



Cuando desde la cúspide de un collado

alegres e íntimas serían el motivo primordial de la vida...

Así, cuando desde la cúspide de un collado contemplaban extasiados la exuberante vegetación de la extensa y florida planicie, o sus ojos enamorados se cruzaban y detenían largamente para embriagarse de amor, Amelia repetía la eterna pregunta de las mujeres que aman con ingenua, pero fuerte pasión:

— ¿Me querrás siempre, siempre, Gabriel?

— ¡Siempre! — contestaba el enamorado esposo con una sonrisa.

— ¿Con la misma fuerza que ahora?

— ¡Igual!

Y mimosa, premiaba con un beso ardiente y cariñoso la contestación de aquel hombre que la había conquistado el corazón.

Estas escenas se repetían una y otra vez, un día y otro, como una canción del alma que se unía al murmullo de las grandes cascadas de los montes que servían de marco adecuado a las dulces emociones de la luna de miel, que por espacio de varios meses estuvo en plenilunio...

Pero la vida no es un sueño, aunque lo diga el poeta, y llegó la realidad de la misma; mas en verdad no fué de momento lo dura que podía ser.

Pasados unos meses de ensueño abrieron casa en la ciudad de los Angeles, y allí empezó para Gabriel la vida rutinaria del trabajo absorbente que debía hacer de él el formidable hombre de negocios que aspiraba a formar en primera fila, entre los colosos que sabe producir la tierra del Tío Sam.

Amelia continuaba viviendo su vida de pajarillo alegre y juguetón, de mariposa que sabe, de flor en flor, gustar las mieles de sus cálices, y así casi no se había dado cuenta de que su marido tenía ya otras preocupaciones, siguiendo ella arrullándole con sus caricias llenas de graciosa ingenuidad y de infantil alborozo, hijo de su carácter.

En la casa de Gabriel se hospedaba permanentemente su joven hermano Arturo, que presenciaba con cierto asombro las escenas de cariño entre los desposados, quienes, a pesar de un año de matrimonio, casi no habían aún entrado en el cuarto menguante de su feliz luna de miel.

— Vaya cuarto menguante de luna de miel tienes, querido Gabriel; creo que te has echado al cuello una cadena de caramelo...

— Sí, querido hermano, Amelia es excesivamente dulce.

Y la juguetona mujercita no perdía entonces la ocasión de dar la razón a su esposo con un beso.

Arturo hacía una mueca de desagrado.

— ¡Uf, eso es demasiado!

La joven enseñaba la blanca hilera de sus dientes, contestando:

— ¡Eso es para que rabies! ¡Señor serietel...

Pero cierta mañana, a la hora del almuerzo, pasó la primera nubecita sobre la cabeza aloradita de la mimosa y enamorada joven.

Gabriel leía atentamente el diario, entre bocado y bocado, sin dar contestación a las constantes y tiernas miradas de su mujercita...

— ¡Siempre con el periódico en la mesa, Gabriel!...

— ¡No me explico cómo puedes comer con una sola mano!

Gabriel no contestó; Arturo dirigió una mirada, medio reconvención, medio asombro, a su hermana política.

Pocos instantes pasaron y Gabriel se levantó, saliendo con cierta sombra de preocupación; Amelia le siguió...

— ¿Estás cansándote ya de tu mujercita? — le preguntó con un mohín de tristeza encantador...

— No, queridita mía; pero tengo mucha prisa. Estoy metido en un importante negocio que me absorbe toda la atención.

— ¡Una cosa que te absorbe toda la atención!... — repitió asombrada Amelia. Era la primera vez que oía una palabra tan seria durante un año de matrimonio...

En cuanto salió Gabriel, Arturo se creyó en el deber de hacer a la joven una observación:

— Con tanto mimo y tanta caricia acabarás por poner enfermo a tu marido...

— ¡No hables de lo que no sabes, Arturo. Eres un niño y desconoces el corazón de la mujer!

Arturo se echó a reír, disimulando su contradicción.

— Es inútil — se dijo para sí —, esta muchacha es más chiquilla que una colegiala; no piensa nada.

Por la noche, cuando se aproximaba la hora en que «su Gabrielín» acostumbraba regresar del despacho, ella sentábase en un pequeño espacio de la barandilla de la escalera interior, próxima a la puerta, y con los ojos cerrados y haciendo un mohín pícaro

aguardaba que los labios del amado la volvieran a la realidad...

Pero aquella noche... conoció que los labios que se le unían no eran los de siempre...

Arturo, que, por casualidad, había llegado en aquel momento, sin otra intención que la de gastar una broma fraternal, había suplido a su hermano...

— ¡Bien, Arturo; eso sí que es una incorrección!... — exclamó Amelia al ver que él reía de la pasada.

— ¿Ver? — le contestó —, si no fueras tan loquita, no te pasaría ningún chascarrillo.

— ¡Pero eso!...

— No hagas caso, chiquilla; es una broma, sin mala intención alguna... (Caramba, veo que eso de los besos es más dulce de lo que pensaba) — añadió para su capote.

El teléfono interrumpió el palique, que seguramente hubiera acabado en riña.

— ... «Amelia... ¿eres tú?... oye: no me esperes a cenar... Tengo una importante reunión con varios capitalistas en el despacho.»

— ¡Pobrecito! ¡Cuánto siento que no puedas venir!... Y ¿qué vas a tomar?

— ¿...?

— Bien... ¡Pues toma un besito mientras te estoy añorando!...

Arturo intervino luego:

— Es que está tratando de echarle el lazo a Samuel

Forbes, el rey del petróleo, y este sujeto no es de los que se dejan cazar fácilmente.

Estas palabras causaron gran efecto en la imaginación ardiente de Amelia...

Se le presentó de repente, la idea de que ella faltaba al amor para con su esposo si no cooperaba a su trabajo; creyó entender que su deber era el de tomar parte en los negocios de Gabrielín...

— ¡Pobrecillo! ¡El trabajando noche y día para mí, mientras yo paso la vida sin hacer nada!

— ¡Caramba, Amelia! Parece que salgas de un sueño; ¿ahora te das cuenta?

Ella por toda respuesta, como siguiendo a una inspiración sobrenatural, con la misma impetuosidad con que hubiera abrazado a su esposo en uno de sus arranques de cariño, exclamó:

— ¡Pero... acabo de comprender cuál es mi deber!... Mi sitio está a su lado.

Y añadió enfáticamente:

— ¡Juntos subiremos al pináculo de la gloria o caeremos rodando al abismo!

— ¡¡Cataplúm!! — dijo Arturo. — ¡Estás interpretando un papel trágico, que te cuadra estupendamente, a fe mía!

— ¡No; no verá en mí un ave fría — continuó ella con ariehato pueril — que está dispuesta siempre sólo a comer en casa la sopa boba, sino una mujer que sabe luchar con él!... ¡Corro al despacho; si él no come esta noche, yo le acompañaré velando a su lado!



¡Eso es para que sabies, señor verrete!

Arturo la asió de un brazo.

— ¡Te advierto que si esta noche te metes en la reunión, Gabriel es capaz de tirarte el libro mayor a la cabeza!

Ella no hizo caso. Subió precipitadamente a su habitación para recoger su abrigo y sombrero...

Arturo quedó estupefacto ante la original determinación de Amelia; ésta llamó a la doncella, mientras se dirigía a la puerta...

— ¡Cuide, Marta, de que nada le falte a mi cuñado durante mi ausencia... ¡Adiós, Arturo!

— ¡Pero!

Era inútil; la atolondrada joven estaba ya en la calle.

— ¡No comprendo como mi hermano no la mata! ¡Cualquier tribunal le daría una cruz en vez de condenarlo!

La vieja camarera no pudo oír semejante herejía contra su anfitriona, que conocía de nacimiento.

— ¡Más valía que el señorito Arturo midiera las palabras que pronunciaba!

— ¡Bien! solo faltaba que la camarera se metiera en libros de caballería!

Y con eso se dirigió al comedor, pensando en que su cuñada era capaz de revolver un mundo, con sus cosas.

II

Un rayo de esperanza se había dejado vislumbrar por Gabriel Gordon, y había empezado los trabajos preliminares para conseguir la ayuda de varios capitalistas de los Angeles para mirar de dar la batalla al poderoso Forbes, de California, único obstáculo que se oponía al logro de sus planes.

Forbes era esperado, y debían aquella noche reunirse los interesados en el gran negocio para ver la fórmula de tender las redes al único competidor.

Gabriel esperaba con impaciencia la hora de la reunión, sentado en la mesa de su despacho, calculando la fórmula de plantear la cuestión a los capitalistas que le prestaban apoyo.

Cuando más abstraído estaba entró su dependiente.

— ¡Su señora está esperando para hablarle!

— ¡Mi esposa aquí? — preguntó sobresaltado — ¡Que pase!

Amelia entró con pose de gran reserva e importancia.

— Pero ¿qué haces aquí?... ¿Ha sucedido algo?

— ¡Nada de particular... He venido para ayudarte!...

— ¿Para ayudarme a mí?... ¡Pero, por Dios, mujer, si yo no necesito ayuda... Te aseguro que, solo, estoy desenvolviéndome muy bien en mis negocios...

Ella creyó que esto era sencillamente una excusa, y prosiguió en su empeño, llena de la mayor convicción.

— Es muy doloroso haber llegado a este descubrimiento... pero comprendo que te avergüenzas de mí porque yo no sé ayudarte...

— ¡Amelia, ten juicio, por el cielo!... Ninguna esposa de hombre de negocios acude a las Juntas de capitalistas.

Estaban en estas discusiones, entre ruidos de ella y resistencias de él, cuando entró el dependiente...

— Señor Gordon, aquí están los señores convocados.

¡Vaya apuro! Su mujer allí, y era cuestión de no hacerles aguardar. ¿Qué determinación tomar? Gabriel sudaba de congoja.

Ella insistió:

— Es que tampoco ninguna mujer de hombre de negocios quiere a su marido como yo te quiero a ti...

— Sí; pero... ¡qué van a creer de mí!

— ¡Déjame! ¡Se creerán que soy tu secretaria particular!

— Perfectamente; pero no olvides que una secretaria particular es más silenciosa que una tumba.

No había tiempo que perder, y Gabriel accedió. En un santiamén quitóse el sombrero, retiró un cuadrito con su retrato de sobre la mesa y tomó un block de notas y un lápiz.

Cinco señores de avanzada edad entraron con empuje en el despacho, estrechando la mano de Gordon y fijando con curiosidad su vista a la azorada joven, que contestaba a su saludo con una infantil reverencia.

Gabriel conoció la extrañeza de los hombres de negocios y dijo con no poca turbación:

— Mi secretaria particular, señores!

Todos hicieron una inclinación de cabeza, al mismo tiempo que se miraban maliciosamente. Amelia ocultaba su azoramiento con la vista fija en el block.

— Señores, — empezó Gabriel, una vez sentados los financieros — es cuestión de poner nuestro empeño en adquirir las acciones de todas las Compañías competidoras, o atraer a nuestro principal enemigo. Si ustedes me otorgan su confianza, podemos realizar la más estupenda combinación que hasta ahora se hizo en negocios petrolíferos...

Todos los negociantes, si bien prestaban atención a las palabras de Gordon, no perdían de vista la cara de la joven esposa, que seguía con los ojos todas las inflexiones de la voz de su Gabrielín.

En un momento en que le iba a caer el chal que cubría los espléndidos hombros de Amelia, un vejete se atrevió a intentar galantearla colocándose nuevamente... pero recibió el codazo más bien dado que puede « galantemente » enviarse al vecino atrevido.

Otro de los señores intentó echar su cuarto a espadas en la reunión y empezó su discurso, agradeciendo las frases de ofrecimiento a Gordon...

— Efectivamente, el señor Forbes — dijo, refiriéndose al rey del petróleo de Nueva York, competidor de los reunidos, — el poderoso magnate del petróleo, llega mañana a Los Angeles... ¡Es la gran ocasión!

El buen negociante se distrajo un momento en su peroración, fijándose en el chasco llevado por su colega al intento de galanteo, y prosiguió, desorientado...

... y en vista de esta... de esta...

— ¡Gran ocasión! — ayudó ingenuamente la improvisada secretaria.

Esta interrupción acabó de desorientar al orador improvisado, que intentó proseguir nuevamente.

— ... pues, sí; antes de que nadie pueda aprovecharse de esta... de esta...

— ¡Gran ocasión! — repitió Amelia ingenuamente.

Gabriel creyó oportuno intervenir para evitar otra interrupción inoportuna y sacar al «corador» del atolladero en que se había metido...

— Señores: autorícenme ustedes para tratar con Forbes directamente, y les prometo que arreglaré este asunto...

Un sincero y espontáneo aplauso de su esposa interrumpió su bien comenzado discurso... Los negociantes se echaron a reír.

— Puede usted esperar en la habitación de al lado, señorita. Por ahora no la necesitamos.

El mismo la acompañó a la habitación indicada.

— ¿Estás tonta? ¿Por qué has aplaudido? — díjole una vez entrados, lleno de contrariedad.

— ¡Es que has estado admirable, maravilloso!... ¡Qué energía la tuya, qué párrafos, qué puñetazos en la mesa!...

— ¡Pera, Amelia! ¿Qué creerán ahora esos caballeros? Los más indulgentes pensarán que me entiendo con mi secretaria...

— ¡Bueno!... No te enfadarás por eso, ¿verdad, mi Gabrielín, verdad?...

Gabriel no pudo resistir aquella cariñosa insinuación, y la perdonó, ¡claro está!

Cuando volvió al despacho, los negociantes hablaban y se hacían signos de malicia.

Al poco rato volvió a tomar interés la conversación y se acordó el plan a seguir, que debía quedar secreto, para poder obtener los resultados apetecidos.



Por la noche... y con los ojos cerrados

Al terminar, una hora después, la importante reunión, Gabriel entró en la habitación donde estaba su esposa. Amelia estaba durmiendo en un diván, con la sonrisa en los labios, y con la mayor placidez.

El esposo quedó mirándola con cariño. Al momento reparó en el cuaderno que había caído de las manos de su esposa. Había escrito algo... Gabriel leyó la hoja.

«Notas de la Junta: Mi Gabrielin habla primero... ¡Es admirable! Los demás le escuchan atontados... Luego habla un señor viejo, gordo y feo. No sabe decir nada, a pesar de que yo le apunto... Después vuelve mi Gabrielin... Me entusiasma... y ¡me echa de la reunión!»

Gabriel no pudo contener la risa, y con ella despertó Amelia.

— ¡Pero, hija mía... qué cosas tienes!... ¡Vaya una secretaria más experta!

— ¡Qué! ¿Acaso no está bien el apunte de la sesión?...

Para ti, sí, bien mío; pero no para los negociantes...

— Pues bien, ya aprenderé; pero yo quiero ayudarte a triunfar...

— Buen camino has emprendido, por cierto.

Y con ésta y otras razones, se dirigieron a su domicilio.

Aquella noche, Gabriel, casi no podía conciliar el sueño, pensando en la entrevista que debía tener al día siguiente.

Amelia soñó, plácidamente, en que era directora de una fábrica de chocolates, dulces y collares de perlas, de la que su Gabrielin era el dueño...

A la mañana siguiente llegaba a Los Angeles Samuel Forbes, acompañado de su esposa y su hija Angelita, que en nada se parecía a su padre, por cierto.

Como algunos de estos soberanos de la democracia, en que es pródiga la raza vanqui, Samuel Forbes era despótico y malhumorado, de carácter poseído de una vanidad pueril, que le hacía, no obstante, temblar al solo temor de ser engañado alguna vez en sus negocios.

Poco amigo de perder tiempo, mientras que su familia se instalaba en el mejor hotel de Los Angeles, él accediendo a la invitación de Gordon, recibida en una de las estaciones del trayecto, por telégrafo, se dirigió al despacho de Gabriel.

Este estaba aguardando desde primeras horas de la mañana, y meditando el plan a seguir para cazar el viejo zorro del comercio petrolífero.

— ¡El señor Forbes! — anunció el dependiente.

Rígido, alto, de facciones duras y seco, entró en el despacho el rey del petróleo, correspondiendo secamente al jovial y afectuoso saludo de Gordon.

La conversación no fué cosa de perder tiempo, y pronto se entendieron.

— Sí, señor Forbes; al prestar usted su concurso a nuestra obra, acumulamos el esfuerzo de todas las empresas petrolíferas mundiales...

— Evidentemente es eso, pero sólo hay el inconveniente de la oposición del grupo de San Francisco de California.

Gabriel comprendió que era preciso un golpe de audacia... y fingiendo una sonrisa, contestó:

— ¿Cree, acaso, que antes de yo proponer al señor Forbes el negocio no había tenido en cuenta y orillado este pequeño obstáculo?...

Forbes quedó admirado de su interlocutor, y creyóle.

— Si es cierto, como usted dice, que el grupo de San Francisco está de acuerdo con el que forman ustedes, desde luego pueden contar con mi colaboración.

— ¡En absoluto, señor Forbes! — afirmó serenamente Gabriel Gordon.

Forbes no era de aquellos que se precipitan en sus negocios, y continuó inquiriendo:

Y usted, naturalmente, señor Gordon, ¿está conforme en dedicar completamente todo su tiempo y atención a la nueva Sociedad?

— Sí, señor; completamente.

— Entonces... el lunes le daré una respuesta definitiva — terminó, levantándose, el rey del petróleo.

Gabriel intentó disimular su satisfacción con unas frases banales...

— ¿Quiere usted, señor Forbes, que le presente en el Country Club? Puede distraerse montando a caballo o jugando al golf...

— ¡Aborrezco el deporte!... ¡Encuentro idiota que los hombres se cansen para no ganar nada!

— ¡Soy de su misma opinión!... ¡Así, hasta el lunes!

— ¡Hasta el lunes, señor Gordon!

No bien se hubo cerrado la puerta del despacho de Gabriel, éste llamó a su dependiente.

— Marcho esta noche, secretamente, a pedir la firma al grupo de San Francisco... Pídamme una cama en el expreso, sin que nadie se entere...

— ¿Ni su esposa?

— Ni ella. Va prevendré a mi hermano para que no estén con cuidado.

III

La vida está plagada de contrastes, y éstos empiezan en el seno de las familias. La de Forbes era una de tantas.

Mientras Samuel sólo pensaba en los negocios, su esposa soñaba en escribir argumentos de películas, aunque jamás pudo terminar uno. Pero, ¿cómo pasar el tiempo la mujer de un millonario? Además, era americana y admiradora de las «estrellas» de la pantalla yanqui.

Angelita era una niña despreocupada, criada en

un ambiente de comodidades y mimos, desconocedora de las contrariedades; no sabía ni cómo arreglarse para poder gastar los millones que su padre procuraba ganar afanosamente.

La hija del magnate petrolífero había conocido al joven Arturo Gordon en un viaje anterior a Los Angeles... ¡y Angelita no olvidaba a los buenos amigos!

Después de acomodar en el Hotel unas cuantas cajas de sombreros, paquetes de perfumería y un arsenal de futilidades femeninas — verdadera y única preocupación de Angelita —, tomó el teléfono para saludar a «su inolvidable amigo» Arturo Gordon...

— ¿Es usted Arturito?... Soy Angelita Forbes. Acabamos de llegar a Los Angeles...

Cuando llamó el teléfono en casa de Gordon, Arturo estaba riñendo a la inquieta Amelia por sus ingeniosas diabluras y poca seriedad.

Al sentarse en el sillón para contestar a la llamada telefónica, Amelia empujó a Arturo para colocarse en disposición de oír ella también lo que se decía por teléfono...

— ¡Bien! Tanto gusto en saberlo, señorita Forbes... (Es la hija del gran negociante que busca tu marido.)

— (Pues que vengan a casa.)

— ¡Mi hermana está deseando vivamente ver a usted y a su mamá!

— Desde que hemos llegado — repuso por el aparato Angelita — mamá anda loca buscando un autor de argumentos de películas... Se cree que por-



Mi secretaria particular

que estamos en Los Angeles, debe encontrar argumentistas hasta en la sopa...

— (Magnífico... Invita a la madre y a la hija a comer con nosotros... Yo traeré a Héctor Leach).

— Señorita Angelita, mi hermana les ruega acepten el venir a comer hoy con nosotros...

— ¡Gracias! Con mucho gusto... ¡Hasta luego! Colgado el aparato, Arturo preguntó a su cuñada...

— Oye, tú; ¿quién es ese señor Leach?

— El «Kipling del cinematógrafo»... El mismo se da el título, quizá porque en sus películas abundan los animales...

La comida transcurrió animadísima, pues precisamente la señora de Forbes hallóse como pez en el agua, pudiendo discutir de cine con el señor Leach. Angelita dejóse atraer un poco de la peroración filmística del autor, y Arturo aburrióse como un cangrejo entre las ocurrencias infantiles de Amelia, los desvíos de Angelita, las bobadas de la señora Forbes y la lista de Héctor Leach. Porque... ¡empeñado si era la tal... Además estaba inquieto por la ausencia de Gabriel.

Pero aquella cena no era para Amelia una de tantas, de compromiso o de cumplido. Firme en su criterio de ayudar a su marido a toda costa, la deliciosa señora de Gordon había ideado un plan, que a ella le parecía sencillamente inmejorable... y la cena formaba parte del plan.

Era preciso intimar con los Forbes, atraerlos; y no hay como una comida excelente y un bufón charlatán para atraer a las señoras desocupadas y a las niñas frívolas... ¡Amelia lo sabía muy bien!

Al despedirse, Amelia invitó sincera e insistentemente a la esposa de Forbes, a que se trasladara toda la familia a su casa, en lugar de estar en el hotel. La señora Forbes accedió gustosa, y quedaron en que Samuel, su esposa y distinguida hija, pasarían a ocupar dos habitaciones de la casa Gordon.

¡El «plan» de Amelia iba a desarrollarse!

¿Pero, le saldrá bien?...

Cuando Arturo Gordon, a la mañana siguiente, enteróse de la llegada de los Forbes, estuvo a punto de coger un síncope. Corrió a encontrar a la esposa de su hermano.

— ¡Pero Amelia!... ¿Qué cosas se te ocurren?

— ¿Qué te pasa, tan alarmado?

— No debías haber invitado a los Forbes a ser tus huéspedes hasta el lunes...

— ¿Y por qué?

— Pues... ¡porque Gabriel no quiere que se sepa su salida de la ciudad!...

— Vaya, no te apures, Arturito...

— Pronto lo dices... ¡No te apures, no te apures!... Es que tienes cada cosa, Amelia!

— ¡Bah!... Cuando veas cómo ayudo a Gabriel a triunfar en este negocio, te quedarás asombrado...

Mira, por de pronto, cómo pienso conquistar al coloso! Y le dió a leer una hoja de papel:

«Empleo del tiempo del señor Forbes:

11 mañana,	Equitación
1 tarde,	Natación
2 tarde,	Tennis
4 tarde,	Golf
8 noche,	Baile».

Como puede verse el programita era completamente «adecuado» al carácter y naturaleza del señor Forbes, del cual ya conocemos sus «aficiones» deportivas, por la conversación con Gabriel...

— ¿Qué te parece, Arturito?

— Me parece... me parece... [que no me parece nada!...

— ¡Ah! Además he invitado al señor Leach para que distraiga a la señora de Forbes. El caso es que ninguno llegue a aburrirse en casa...

— Pero, ¡por Dios! ¡Ese escritorzuelo, que parece una caricatura de Musset, va a ponernos en ridículo a todos!

— Calla, Arturo... Eso es que habla en ti el despecho... Estás celoso porque en la comida de anoche Angelita se mostró muy impresionada por el señor Leach...

Arturo veía, poco a poco, formarse una espesa capa de nubes sobre la cabeza de su hermano, y veía avanzar la tormenta de rayos y truenos, y esperó resignado.

No había remedio. Amelia era demasiado decidida para detenerla y evitar el conflicto.

No pasaron muchos minutos, cuando Samuel Forbes y su familia, y respectivos equipajes, entraban por la puerta del domicilio de Gordon.

Con su característica ingenuidad, Amelia, que se quedó asombrada de la figura severa y rostro avinagrado del señor Forbes, no pudo reprimirse:

— Oh, señor Forbes! Me imaginaba a usted un hombre gordo y perezoso, y me encuentro ante un soberbio atleta...

— Gracias, señora — se limitó a decir el financiero

Con los Forbes llegó también el famoso Héctor Leach.

Es necesario detenernos en la descripción de este interesante personaje.

Mejor que escritor de argumentos, Héctor Leach sería el director ideal de un parque zoológico, pues los animales que intervienen en sus fábulas filmísticas son más amados de él que si fuesen miembros de su familia.

Su tipo era de los que hacen reír al más serio: delgado, de ojos espantados, a los que dan relieve unas enormes antiparras de concha, sus cabellos siempre alborotados y largos, y sus facciones bobamente ridículas, le dan un aspecto de escapado de manicomio o de pierrot estrafalario...

— Volver a ver a ustedes — dijo Héctor, con una contorsión estrafalaria hacia los Forbes — es como volver a ver las rosas después del invierno... El sol tras la tempestad... la... el... lo...

— Gracias, ilustre argumentista — dijo la señora Forbes, atajándole emocionada.

— ¡Ay!, qué galante — añadió Angelita, con coquetería.

Si nuestra sociedad estuviese bien organizada, ese hombre estaría recibiendo duchas en un manicomio... Pero como no es así, escribe argumentos — dijo Arturo, por lo bajo, a Forbes.

Samuel asintió, pues desde el primer momento había puesto cara de pocos amigos al ridículo figurín.

Leach ni se había dado cuenta del señor Forbes, distraído con Angelita.

Amelia presentó a Héctor a Samuel :

— Señor Forbes, le presento al gran Héctor Leach, el Kipling del cinematógrafo.

Forbes ni se movió. Héctor dobló el espinazo hasta el suelo.

Servidor de usted... ¿Le interesa el arte mudo, señor Forbes?

— Me interesa todo lo que es mudo... porque se oyen tantas tonterías al cabo del día!...

— Tiene razón, señor Forbes — asintió Arturo.

Leach ni se dió cuenta, pues había reanudado su coloquio con la joven hija del rey del petróleo...

Forbes siguió malhumorado a su esposa, que encantada de las atenciones de Amelia y de la originalidad de Héctor, subía satisfecha a las habitaciones señaladas.

Era de ver las monerías que tenía a bien ofrecer el gran autor cinematográfico a las jóvenes...

Como todos los exaltados de imaginación — que de paso y en voz baja sea dicho — pocas veces tienen pesetas suficientes para nutrir lo debido su raquítica mollera, sintióse inmediatamente subyugado por la encantadora Angelita...

Además, Héctor, habiéndola conocido en un banquete, y una comida más o menos fuerte tiene la virtud de presentar a los ojos de un autor hambriento las cosas con más colorido y fuerza...



Mientras Samuel sólo pensaba en los negocios...

Forbes ignoraba que aquello que veía era sólo un pequeño detalle de lo que la suerte iba a proporcionarle.

Una vez toda la caterva de cajas, maletas y demás minucias de las Forbes estuvieron más o menos bien colocadas en la habitación a la familia designada, el rey del petróleo sentóse en una butaca, esperando que pronto tendría a Gordon a sus órdenes, y al menos evitarían el tedio hablando de negocios...

Amelia creyó oportuno ofrecer a su huésped el programa que debía contribuir a que su estancia en

su casa le fuera lo más agradable posible; así es que subió, llena de satisfacción, con el papel en que había trazado la selecta distribución para la ocupación del tiempo del señor Forbes.

¿Qué tal les está la habitación?... ¿Los criados han subido con cuidado los equipajes?... ¿Necesitan algo de momento? ¿Quieren que les suban agua perfumada?... ¿Va a tomar un baño, señor Forbes?

Todas estas preguntas, hechas rápidamente y con una serie de movimientos por la solícita Amelia, hicieron fruncir malhumoradamente al señor Forbes...

La señora del huésped, cada momento más satisfecha de la cordial acogida de Amelia, se apresuró a contestarle con una sonrisa llena de afecto...

— ¡Oh!, cuántas bondades, amiga mía... No es preciso tanta molestia... Samuel es muy sobrio; sólo se baña en verano, o cuando tiene dolor reuma... y entonces es con agua termal...

Y pasó a un balneario de buen tono — añadió con fina ironía Forbes.

Pero Amelia no se dio por enterada ni aludida, y prosiguió con su habitual sencillez...

— Mire usted, señor Forbes, aquí le tengo anotada la distribución del tiempo para el día de mañana y de hoy por la tarde... creo que será un verdadero placer para usted y un gran acierto...

Y alargó el «programa» a Forbes...

Este no pudo reprimir una expresión de enfado, y un bote en el sillón, que Amelia no apercibió por

estar ya discutiendo sobre modas con la señora de Forbes...

La tarde invitaba a solazarse en los hermosos y espaciosos jardines de los Gordon.

Ello favorecía el «plan» de atracción ideado por Amelia.

Tengo un buen caballo esperándole, señor Forbes...

— Gracias; prefiero quedarme aquí, señora. Así podré hablar con su marido!

— Pero si es que Gabriel se ha marchado a San Francisco...

— ¡Cáspita! Si que lo siento...

Arturo se rascó la cabeza para disimular el «efecto» producido por la revelación de Amelia...

Forbes subió, furioso, a su habitación; no había remedio; debía montar a caballo, quieras que no.

Su esposa le tenía preparado ya el traje de montar...

— ¿Para qué me has traído a esta casa?... ¿Para tratar con un loco cinematográfico y verme obligado a montar a caballo?

— ¿Pero qué dices, hombre, qué dices! ¿Llevarle loco al gran Héctor?... Eso no es posible. Tú eres un hombre de talento en tus negocios, y él un talento en el arte mudo...

— ¡Sí, eh? ¿Arte mudo?... ¡V se pasa todo el día diciendo tonterías!... ¡Y tener que montar a

caballito... ¡Bueno, será el caballejo, bueno!... Sin duda Gordon se marchó a San Francisco para tener que montarlo.

Pero todo fué inútil. Tuvo que ponerse el pantalón de montar, y como víctima destinada al sacrificio bajó al jardín pronto a romperse el cráneo al primer salto del caballito... ¡A sus sesenta años tener que montar, cuando hacia más de cuarenta que no había cabalgado un triste rucio!...

Los cabellos se le pusieron de punta, cuando Amelia, con su habitual gracia, le señaló el caballo de marras, más movidito que un perro galgo, diciéndole:

— ¡El negro es el suyo!... ¡Una monada! ¡Tan saltarín y juguetón como un chico travieso!

— ¡Sí, sí, muy... gracioso...! ¡Graciosísimo, señorita!... Y tambaleando como un azogado, subió trabajosamente al animalito...

Al emprender la marcha todos aplaudieron.

— ¡Está muy ágil el señor Forbes! — dijo admirada Amelia...

Si hubiera visto los apuros que el pobre señor pasaba, a la vuelta del primer recodo, no le salieran tales palabras de la boca...

El pobre Samuel Forbes, en cuanto el caballito emprendió el paso regular, agarróse y cogió del cuello, cerró los ojos esperando el momento catastrófico...

Afortunadamente, el caballo lo comprendió y no pasó de un galopar moderado, capaz, eso sí, de tri-

turar los huesos del pobre Forbes, cuyos minutos de carrera le parecieron siglos...

Entretanto empezó un discreto flirteo en el grupo formado por las tres mujeres, Arturo y el gran Leach, que se prodigaba haciendo monerías y diciendo tonterías a granel...

Arturo iba aumentando su antipatía hacia el estafalario Héctor, que iba conquistando el corazón de la despreocupada Angelita, llena de románticos y ridículos sueños...

De pronto, la bocina de un automóvil que se paró allí mismo, distrajo la interesante reunión...

Amelia se dirigió al recién llegado, que descendió del auto con mucha parsimonia...

— Permítame que les presente al señor Van Dyke, de Nueva York...

Todos le saludaron afectuosamente, correspondiendo él con su impecable cortesía.

— ¡Pero, éste no será Van Dyke, el billonario, verdad? — preguntó Arturo a su hermana política...

— El mismo. Me lo presentaron en casa de la señora de Farnel, y lo he invitado para impresionar favorablemente al señor Forbes...

— ¡Vaya ocurrencia la tuya!

— ¡Es mi plan!

La señora Forbes había empezado su coloquio con el recién llegado, con la pregunta habitual:

— ¿Qué le gusta el arte cinematográfico, señor Van Dyke?...

— Oh, sí... El arte del film es una cosa que me interesa mucho... Hasta he pensado varias veces en comprar un estudio...

— ¡Qué idea! — ¡Si comprara el estudio, el señor Leach podría filmar sus maravillosos argumentos!

Y entre la señora de Forbes y el nuevo personaje empezó una conversación filmística más interesante y larga que una cinta de episodios.

Amelia estaba gozosa de su obra: todo iba bien y su plan resultaba admirable...

Sólo Arturo se encontraba fuera de su centro: veía algo extraño y caricaturesco en todos aquellos personajes, y temía que aquella comedia acabara mal.

Pero él no podía hacer otra cosa que mirar y atender; al fin no era más que un huésped en casa de su hermano.

* * *

En San Francisco, Gabriel trabajaba entretanto para lograr la firma del grupo petrolífero, con verdadero ardor.

Era cuestión de no perder tiempo, pues sólo en veinticuatro horas debía conseguirlo y conquistar aquel grupo era harto difícil.

Gabriel no reparó en medios para llegar a lo propuesto, y usó de una estratagema muy ingeniosa para ello.



Después de la carrera

Debía ante todo encontrar la manera de reunir a los negociantes, sin que ellos sospecharan la intención del grupo de Los Angeles.

Como sus antiguas aficiones periodísticas le habían puesto en relación con otros colegas de San Francisco, fué en busca del más conocido redactor del *Diario Comercial*, cuya importancia era grande y la influencia entre la gente financiera formidable.

— Venia, sencillamente, amigo Parkers, a ver la forma de poder reunir, antes de las doce de esta noche, al grupo petrolifero de San Francisco, pues como yo no conozco a ninguno, me sería muy difícil.

Eso es facilísimo: con redactar una gacetilla está hecho todo.

Cogieron una cuartilla, y puestos a la máquina escribieron...

Por la tarde, a las siete, salía en el diario de Parkers la siguiente noticia, que en ediciones de otros diarios que salían pocas horas después fué reproducida:

«Sabemos por conducto fidedigno, que el secretario de un formidable «trust» petrolifero mundial se halla de paso en San Francisco, donde desea pasar desapercibido, a fin de evitar el posible asedio del grupo de esta ciudad, pues no quieren dar entrada a otras entidades que las ya reunidas.

«También hemos podido averiguar que el más potente rey del petróleo de Nueva York forma parte de dicho «trust», y que debe estar el secretario men-

cionado, hoy, a las diez, en casa de un intimo amigo suyo, redactor de nuestro diario, para después de comer salir en el tren para embarcar hacia Europa.»

No había pasado una hora, cuando ya personalmente, ya por un dependiente, uno a uno habían llegado a la redacción del diario preguntando por el redactor autor de la gacetilla...

Todos le hacían la misma pregunta:

— ¿Es usted el amigo de este secretario?

— Si, señor... — contestaba Parkers, con cierta importancia.

— Si no tuviera inconveniente, le rogaría que me presentara usted a este señor, a la hora que mejor le pareciera...

— Con mucho gusto... tratándose de usted... Pues venga a mi casa a las... once.

— Conformes y agradecido.

Y con el mismo procedimiento halláronse reunidos todos los más potentes financieros del petróleo de San Francisco, a las once de la noche, en casa de Parkers.

A Gabriel le salía también el plan a pedir de boca.

¡Pobre señor Forbes!... ¡Y cómo estaba aquella noche, después de la despampanante carrera a caballo de la tarde!

Con mucho trabajo logró cambiar de traje, que dicho sea de paso, se le había roto y descosido en distintas partes.

Sentóse en una butaca del salón de música, donde los demás huéspedes de los Gordon.

Apenas hizo un pequeño movimiento al serle presentado el billonario Van Dyke... Por cierto, que creyó notar cierta diferencia en dicho personaje, que hacía unos años había visto, de paso, en una reunión financiera; pero como Forbes no era gran fisionomista ni memorión, no hizo mucho caso de este detalle.

Van Dyke era un personaje muy interesante. Hablaba poco y con acompañamiento de ademanes, como si llevara el ritmo de un canto gregoriano, y siempre discutiendo planes de empresas fabulosas... No obstante simpatizó con el botarate de Héctor Leach, por cuya razón a Forbes no le entró por el ojo derecho, como vulgarmente decimos.

La velada prometía ser de lo más delicioso para las tres originales mujeres, pero no así para Arturo, cuya zozobra iba aumentando al ver entrar nuevos personajes en el «plan» de Amelia.

— El amigo Leach — dijo con satisfacción la esposa de Gabriel — ha accedido a contarnos el último argumento que ha escrito.

Héctor hizo una reverencia cursi.

Las Forbes aplaudieron; Van Dyke sonrió melifluamente; Samuel Forbes puso una cara de vinagre atroz, y Arturo preguntó:

— Muere usted en la película, Héctor?

— En esta no señor!...

— Y ¿cómo se titula? — inquirió la hija de Forbes.

— El título de mi gran epopeya es: *Pecado*.

— ¡¡¡Pecado!!! — repitieron a coro los reunidos.

— ¡Av!... ¡y qué pecado va a ser, Dios mío! — añadió por lo bajo Arturo...

Todos se prepararon, a su manera, para atender al espectáculo, que según los aspavientos y preparativos de Leach, debía ser una cosa incommensurable.

Héctor, en tanto, empezó por arreglarse su indómita melena y en afianzar sus anteojos de concha...

Su vista extendióse por todo el salón como buscando la inspiración, que parecía haber salido por alguna de las puertas...

Luego se dirigió misteriosamente a la señora de la casa y le dijo unas palabras muy quedamente.

Amelia dirigióse también con cierto secreto al nuevo huésped señor Van Dyke:

— Sabe usted tocar el piano?

— Es una de mis aficiones más predilectas.

— Pues el señor Leach le ruega tenga a bien acompañarle en su narración con una pieza...

— ¡Cómo no!... ¡Muy complacido accedo al ruego de este genio del film, señora!...

— El señor Van Dyke acompañará a piano el recitado de *Pecado* — dijo Amelia.

— Pecado... Pecado!... ¡Qué diferencia entre el pecado simple de Adán y Eva en el Paraíso Terrenal, a los complicados pecados de nuestros días!...

— ¡Tiene usted razón, señor Forbes! — añadió Arturo.

— Toque algo voluptuoso, Van Dyke. La música ha de seguir el ritmo de la acción.

Van Dyke tocó un tango más o menos argentino, y Héctor comenzó...

— Empieza el drama cuando Noé, al terminar el Diluvio, abrió las puertas de su arca y los animales se precipitaron al exterior...

— ¿Estaba usted ya allí, Héctor? — preguntó Arturo.

Pero la racha había empezado y el narrador no se detenía...

— Pasan los años, los siglos... y vemos a las cien esposas de Salomón tomando el baño matinal...

Una hora después, el argumento del *Pecado*, de Héctor Leach, se hallaba en su momento culminante.

Se había hecho tal embrollo de reyes, verdugos, serpientes, leones, papagayos, gatos, liebres, ejércitos, amores y rivales, que la cabeza del literato parecía un torbellino; a eso hay que añadir que Van Dyke habíase contagiado del mismo frenesí y la música salía disparatada.

El argumento llegó a los amorfos de dos perros que de momento se convertían en personas...

— Al doblar la esquina, Percy encontró a Harry... ¿Fue Dios, fué el destino, fué la casualidad?... ¡Oh!...

— ¡Ay! No tengo paciencia para esperar el final! — exclamó Arturo.

— ¡Ni yo tampoco! — añadió Forbes, estirando las piernas.



Reggie gana y ¡Cataplón!

En cambio, Angelita seguía jadeante la explicación y movimientos de Héctor; la señora de Forbes atendía a la música y tomaba nota de las frases de Leach, y Amelia sonreía satisfecha del «éxito» de sus ocurrencias...

Leach continuó su disparatada narración...

— Y ella, se reía, se reía... ¡ja, ja, ja! y... con ambas manos... y como si fuese «confetti», arroja los billetes al rostro del Emperador...

— ¡Eso es muy gracioso! — dijo Forbes...

— ¡Original, originalísimo! — exclamó exaltado

Van Dyke, dando más fuerza al teclado, con lo que Leach tomó más fuerza...

— De pronto... ¡la carrera de la muerte!... un auto... dos... tres autos... ella corre, el Emperador la persigue... mientras en el aire trepidaba el zepelín con la fuerza de una carroza del siglo XII... ¡Horrible, trágico! Bombardeos, fuego, gritos de ella y una serpiente que cruza los espacios como un rayo, una águila sale de una madriguera del fondo del castillo... se arrastra...

— ¡Atíza!

— ¡Cáspita!

Exclamaron al mismo tiempo los dos únicos que tenían la cabeza en su lugar.

— ¡Y cuando todo parecía perdido... ¡gana Reggie!... ¡Gana Reggie!

— ¿Pero quién es Reggie? ¿Héctor? — preguntó la señora Forbes inquieta.

— ¡Reggie gana! — contesta Leach, rodando por el suelo tan largo como era...

Van Dyke dió el último golpe al teclado y así finalizó el interesante argumento.

— El pobre necesita descanso... Lívenlo al jardín, al claro de luna... es el sitio más indicado para ustedes — dijo Forbes, no pudiendo contener su impaciencia...

Una vez calmado, Leach, acompañado de Angelita, la señora Forbes y de Van Dyke, salieron al jardín...

Arturo no pudo contenerse, y dirigiéndose a su cuñada, le dijo con ira:

— ¡Cualquiera diría que lo que pretendes es echar de aquí al señor Forbes!

— ¡Qué listo eres, cuñado mío! Tú déjame a mí... ¿No te he dicho que estoy ayudando a Gabriel?

— Lo que me parece es que le vas a perjudicar.

— ¡Qué tontería! Se conoce que aún eres un chiquillo y no entiendes nada de diplomacia femenina.

— Ni ganas tengo; bástame y sobra lo que veo...

— Mira, lo que podrías hacer es llevar al señor Forbes a la biblioteca. Allí no le molestará nadie y podrá descansar un poco.

Arturo se dirigió a Forbes, que aún tenía las manos puestas en las orejas para no oír ni el más leve rumor de las sandeces de Leach, ni del teclateo desenfrenado de Van Dyke.

— Señor Forbes: Creo que en la biblioteca estará usted más cómodamente que aquí, si gusta del silencio; puedo acompañarle hasta allí...

— Es una gran idea, amigo mío... Pero ¡cualquiera se levanta de esta butaca!

Así lo hizo, y llegó a la biblioteca donde se sentó cómodamente.

— No se apure... Cójase de mi brazo.

— Aquí nadie le molestará a usted... Puede descansar con entera libertad.

— Gracias, Arturo; veo que de todos, es el que tiene más sentido común. Crea que si no fuera porque me interesa el asunto de su hermano, me hubiera largado hace rato...

— Si no dispone otra cosa, señor Forbes, me iré a ver qué hacen aquella colección de fieras del Diluvio, porque son capaces de todas las tonterías.

— Vaya en paz, y hace bien en vigilar.

Samuel Forbes estiró las piernas, bostezó y dispusiéndose a echar un sueño...

— ¡Qué sobresalto!... ¿Es usted, señora Gordon?

De un cortinaje salió la traviesa figurilla de Amelia, con un libro en la mano.

— ¡Ah! Perdón... Ignoraba que usted estuviese aquí, señor Forbes...

— Sí, he venido aquí a descansar unos momentos.

— Me alegro que la casualidad me haya proporcionado esta ocasión... porque deseo hablar con usted a propósito de su negocio con Gabriel...

Forbes quedó extrañado de que un comerciante formal, un financiero serio, participara y dejara a su mujer intervenir en los negocios.

— ¡Ah!... Pero usted conoce los negocios de su marido?

Amelia, creyendo que su plan daba el resultado apetecido, continuó con aires de suficiencia...

— ¡Oh, sí!... Yo conozco perfectamente todos sus negocios... ¡Los tiene a docenas!

— Pero yo creía que su marido iba a dedicar todo su tiempo y toda su actividad únicamente al asunto del petróleo...

— ¡Qué tontería! — continuó Amelia, siguiendo el camino de aparentar indiferencia y fingir grandes negocios, creyendo que de esta forma daba más importancia a su marido. Este negocio del petróleo es apenas un pasatiempo para mí Gabriel...

Con aquellas palabras, tan propias de la mujer propicia a la ponderación de las cosas propias y de los suyos, había llenado de zozobra a Forbes.

Amelia siguió en su conversación, sin detenerse ya en la pendiente que sin darse cuenta, había comenzado a caer.

— Bien, Gabriel Gordon tiene ya otros negocios, según usted dice, ¿verdad Amelia?

— ¡Uf!... Precisamente eso me molesta a mí, porque no tiene un minuto para dedicármelo...

— No obstante, es de suponer que tiene una organización especial de trabajo que le permitirá a Gordon poder atender al asunto de nuestra empresa con algo más detención que un mero pasatiempo, como usted afirma...

— Claro que tiene su organización mi Gabriel; pero el asunto ese del petróleo no es suficientemente interesante para dedicarle tanta atención...

— Bien, bien... ¿De modo, que usted cree que su marido no prestará toda su atención exclusivamente a mi proposición?

— Nada puede usted esperar de él mientras no ponga en sus manos la dirección total del negocio...

— Le agradezco en el alma los informes, señora... Creía que su marido era una persona más seria...

Y salió de la biblioteca, enfurecido, subiendo a su habitación precipitadamente.

Amelia quedó perpleja: no sabía si es que su plan o daba resultado o fracasaba...

— ¡Qué hombre más raro es este Forbes! ¡No me comprende de nada!...

La luna, efectivamente, contribuyó a calmar los nervios del elocuente «Kipling del cinematógrafo»...

Sentado en un banco, teniendo a su lado a la soñadora Angelita, cambió el estado de ánimo del argumentista, y empezó un idilio fulminante y cónico a la vez...

— ¡Ay, bella Angelita!

— ¡Qué le pasa, simpático Héctor?

Unos suspiros, un silencio, los ojos de Leach se mueven dentro las excéntricas esferas de los lentes de concha...

¿Verdad que es bonita la luna? Se parece a la sonrisa de usted... Angelita.

— Habla usted muy literariamente, señor argumentista...

— ¿Cojamos flores?

— ¡Ay, cójaas, Héctor!... — dijo Angelita, dejándose apoderar del ambiente.



Desde el primer momento había puesto cara de pocos amigos

Héctor se arrodilla, y a gatas empieza a buscar unas cuantas flores del jardín, con las que hace un manojo, más que un ramillete...

Angelita le contempla, entre encantada y burlona, al ver la facha que el autor de argumentos hacia.

Luego se arrodilló a los pies de la joven, y empezó:

Bella niña de mi alma, luz de mi corazón, angelito, digo Angelita de mis amores, yo la quiero; hay en mi pecho un volcán.

La luna desde lo alto del firmamento hizo un gui-

ño... Detrás del banco se oyó una carcajada... Era Amelia, que presenciaba la escena.

Héctor continuó de rodillas ofreciendo flores a las dos jóvenes.

— ¡Amelia! — dijo Angelita con entusiasmo — acabamos de descubrir que nuestras almas son gemelas y hemos decidido casarnos a toda velocidad...

— ¿De veras?

— Sí, de veras — respondió Héctor —, ¡muy de veras!

Amelia, dejándose llevar de su temperamento sensible y frívolo, acogió con entusiasmo la decisión de los tortolillos, y exclamó, dirigiéndose a la joven:

— ¡Qué suerte la de usted, Angelita! ¡Va a casarse con un genio! ¡Con el Kipling del cinematógrafo!

— ¡Gracias! — contestó orgulloso Leach, mientras se abrochaba la americana, tapando la cadena de latón que descubría su miseria ridícula...

Dejemos a los atolondrados chiquillos por un instante y sigamos al señor Forbes, que púsose furioso como león en la trampa.

Era la primera vez que se veía burlado en su larga vida de experimentos financieros, y no lo podía tolerar.

En la escalera encontró a Arturo, que andaba como alma en pena, esperando cómo iba a salir de aquel laberinto. Samuel Forbes no pudo contenerse...

— Hombre, a juzgar por lo que acaba de decirme la señora de Gordon, veo que su marido, Gabriel, me ha estado tomando lindamente el pelo...

— Perdóne usted, señor Forbes, no le haga caso, porque ella no sabe nada...

— Bien, bien; ¿qué va a contarme usted, ahora? todos son bastante vivos... Mañana salgo para Nueva York...

Arturo corrió inmediatamente al teléfono, pidiendo comunicación con Gabriel, en el Hotel de San Francisco.

— ¡Vuelve inmediatamente, Gabriel!... Amelia ha traído a casa a la familia de Forbes, y con la manía de ayudarte está estropeándolo todo...

— «Esta noche tomaré el expreso, y estaré aquí mañana por la mañana».

Arturo volvió a ver a Forbes, rogándole que retardara su partida hasta hablar con Gabriel. Forbes accedió, después de no poco insistir.

Por su parte, la señora de Forbes estaba encantada de la vida con la amena conversación de Van Dyke, que le exponía grandes planes para la fundación de unos estudios cinematográficos, que debían ser el asombro del mundo entero.

Llegó a tal punto la ponderación del arte cinematográfico, por parte del supuesto millonario, que incluso estaba tentada a proponer a su marido que empleara el capital en el negocio de estudios para filmar.

Verdaderamente, aquella familia se había vuelto «neurocinematográfica».

Amalia discurría grandemente con la perspectiva de que podría contribuir al argumento de una película interesantísima, ayudando en sus planes a los enamorados Héctor y Angelita.

Entretanto este par de ilusos forjaban en sus coloquios mil planes ilusorios.

A decir verdad, ni Leach sentía amor hacia Angelita, ni ésta hacia el argumentista de películas, sino que ambos estaban bajo el influjo de una exacerbación de la imaginación.

Gabriel, había, en San Francisco, trabajado lo indecible para conseguir sus propósitos.

Como queda dicho, el anuncio surtió el efecto apetecido, y los financieros se hallaron todos reunidos a la misma hora.

Aquella «casualidad» fué ya de buen augurio para ellos, que como todos o casi todos los comerciantes americanos, tenían un sí es no es de superstición.

Reunidos ya, usó Gabriel de un lenguaje misterioso, enigmático, que les cautivó desde un principio.

Empezó ponderándoles la importancia de la entidad recientemente constituida, sin hacer mención, no obstante, del nombre ni residencia de la misma.

Dijoles después que tenía el nombre de los más importantes petrolistas americanos, y por fin, como



De rodillas ofrecía flores a las jóvenes.

cosa *épatant*, les soltó el nombre de Samuel Forbes...

Aquello fué el disloque... Casi con lágrimas en los ojos pedíanle ser admitidos en grupo, al nuevo «trust».

Gabriel Gordon simuló que ello era imposible, y sólo al cabo de un rato hizo como que accedía:

— Bien, señores: Yo no puedo resistir a sus ruegos insistentes; pero como sea que estas cosas deben llevarse con gran formalidad, deben ante todo firmarme un documento, por el cual se comprometen a ingresar en grupo al nuevo «trust»...

— ¡Conformes de toda conformidad! — exclamaron a un tiempo los reunidos.

— Ahora, pues, voy a revelarles el nombre de la nueva entidad.

[[[Bravo, bravo!!

Esta entidad se llama...

Iba Gabriel a inventar un nombre a la sociedad petrolífera, cuando entró un botones del hotel...

— Corra, que le llaman urgentemente por teléfono desde Los Angeles...

— Perdonen un momento; será el señor Forbes que debe dictarme alguna instrucción...

Ante la vista de los reunidos adquirió Gabriel más autoridad e importancia.

— Este joven debe ser un hombre de gran talento; porque para llegar a conseguir el apoyo de Forbes se necesita tener influencia y seguridad en el éxito.

— Indudablemente, se nos presenta una magnífica ocasión de establecer el soñado Comité Internacional Petrolífero...

Al poco rato volvió a la reunión.

— Señores: acaba de comunicarme el señor Forbes que no adhiere a grupo alguno a la nueva entidad...

Una exclamación de decepción le interrumpió; pero él siguió, sin desconcertarse:

— No obstante, he expuesto su deseo de firmar el compromiso, y como he insistido en favor de ustedes, el Comité Central de la « Unión Mundial Petrolífera » accede a sus pretensiones.

Una salva de aplausos de los reunidos fue la más calurosa aprobación a las palabras de Gabriel Gordon.

Lo que en realidad le había comunicado de Los Angeles, era la actitud atrabiliaria de su esposa.

Tal como había indicado, firmóse el correspondiente compromiso por el grupo financiero de San Francisco.

A las doce en punto de la noche, Gabriel Gordon se aposentaba en el *sléping* para Los Angeles.

Durante el trayecto apenas pudo conciliar el sueño. El éxito había coronado su esfuerzo en la capital de California... pero y Forbes... ¿Qué habría pasado durante su ausencia?

Y su esposa... ¿qué torpeza había cometido?

Por de pronto, Forbes se habría enterado de su viaje... Era preciso prepararse para contestarle...

Gabriel sonrióse: esta pequeña dificultad había sido solventada ya. Con la excusa de que no era posible el ingreso con fecha reciente en el « trust », consiguiendo que el compromiso fuera firmado con fecha muy anterior...

Durmióse al fin, soñando únicamente en la cara picaresca y amable de su esposa...

IV

Llegaba la hora de acostarse en casa de los Gordon.

Forbes se había adelantado, pues el molimiento de huesos le impidió aguardar la hora de la cena, y en

verdad hizo bien, porque hubiera cogido un ataque de nervios al ver las monadas y simplezas de Leach y de su hija... Además, quizá descubriera algo del disparatado proyecto de la pareja.

La señora Forbes continuaba sus interesantes conversaciones con Van Dyke, que, a la par que fabulosas, se hacían cada vez más interesantes para aquella mujer llena de pajaritos en el cerebro...

Estaba el señor Van Dyke en plan de conquistador.

Mientras Angelita y Héctor parodiaban a Romeo y Julieta en el jardín, su madre y el billonario hacían una cosa si es, no es, por el estilo...

— Señor Van Dyke... Crea que siento en el alma no haberle conocido en mi juventud. Usted hubiera sido el ideal de mi vida... Seguramente que hoy volarían nuestros corazones por las regiones aéreas...

— ¡Aéreas ha dicho usted, señora?... ¡Ah, qué gran mujer es usted!... Acaba de descubrir un secreto al pronunciar esta mágica palabra... ¡Aéreas, aéreas! ¡Oh, divino tesoro de mi porvenir!...

— ¿Es que su porvenir está en los aires?

— Sí, señora... No lo diga a nadie, voy a comunicarle un secreto...

— Soy muy reservada... puede usted confiar en mí su secreto...

— Pues bien... debe saber que mi estancia en Los Angeles obedece a un gran negocio aéreo... ¡Sí, señora!... ¡Voy a implantar el negocio más grande en la cuestión del aire!

— ¿Que va usted a construir un palomar monumental?

— ¡Más, mucho más!

— ¿Una chimenea que sea la mayor del mundo... o una torre mayor que la de Rífel?...

— ¡Oh, señora... señora, será algo más sublime!... ¡Una fábrica para la construcción de aviones para surtir al mundo entero!

— ¿Entonces va a dejar aquello de poner en práctica un gran estudio cinematográfico, para los argumentos míos y de Leach? — preguntó consternada la señora de Forbes...

— ¡Ah, no, señora! Es que estos aeroplanos serán para esparcir las grandes producciones de ustedes!...

Una persona más cuerda que la señora Forbes hubiera creído que escuchaba a un loco...

Amelia se regocijaba cada vez más creyendo que con fomentar las locuras de toda aquella comparsa, aseguraba el éxito de los negocios de su Gabriellín.

Sólo Arturo frunció el entrecejo durante toda la cena, siguiendo con inquietud las fases de aquella armonía de locuras y torpezas.

Van Dyke había empezado una interesantísima narración sobre lo que podía ser una ciudad « puramente cinematográfica » y las grandes especulaciones que en dicho arte podían efectuarse.

— Pero ¿ cree usted, señor Van, que las mujeres pueden tomar parte en los negocios de sus esposos? — preguntó la señora de Samuel Forbes.

— Evidentemente — contestó su interlocutor, con pausa y entonación de catedrático —, y especialmente si este se refiere al arte de la pantalla.

— ¡ Eso es! — repuso con entusiasmo Héctor Leach, dejando por unos instantes la amena conversación con Angelita —. Porque las mujeres tienen corazón y el arte del film es arte de sentimiento, de comprensión, de expresión, de expansión... de...

De atolondramiento — arguyó, como quien no dice nada, molesto, Arturo...

— ¿Quién dijo eso? — preguntó con cierto enojo la pizpireta Angelita Forbes.

— Yo, amiga Angelita... ¿Acaso la he molestado?

— ¡Claro... Precisamente sabe usted que todas mis predilecciones son para los autores cinematográficos...

— ¡Gracias, Angelita! — añadió el «Kimpling» del cinematógrafo...

Poco podía sospechar Arturo el complot que con anterioridad habían fraguado las dos jóvenes y el desequilibrado y ridículo rival.

Porque Arturo, no obstante y las excentricidades de Angelita, estaba enamorado de ella, y Héctor era el intruso que venía a interponerse entre ella y él...

Y así llegó la hora de la quietud. Pero, ¡válga el cielo! ¿qué hora iba a ser aquella?...



¿Qué suerte tiene usted, Angelita!

Arturo se dirigía ya a su habitación, cuando a pocos pasos oyó un ruido muy débil...

Gordon pequeño, que estaba siempre inquieto desde la llegada de los originales huéspedes, se detuvo.

Despacito, con cuidado, avanzaban tres sombras... Eran Angelita, Héctor y detrás Amelia...

Arturo dió la luz eléctrica, y cuál no sería su asombro al descubrir al grupo, pero en la forma más graciosa.

Angelita llevaba unas cajas de sombreros; Héctor

dos o tres maletas, maletines, paraguas, chubasquero y sombrero de paja... ¡Y qué facha de pierrot!

Amelia, al verse sorprendida por su cuñado, hizo un signo para que disimulara; Héctor abrió asombrado los ojos, que le dieron una vuelta de campana, como tenían por costumbre, y de poco las gafas van a dar en el aire; Angelita quedó petrificada.

Arturo estuvo a punto de romperse la cintura, si llega a soltar la risa, que contuvo el signo misterioso de su cuñada.

— ¿Qué quiere decir esto? — logró preguntar Arturo.

— ¡Chist! Angelita y Héctor van a casarse... Es menester ayudarles... ¿Verdad que me ayudarás, Arturito?...

Por la imaginación del bondadoso y callado enamorado, porque lo estaba de Angelita, pasó una rápida idea diabólica...

— ¡Sí, os ayudo!... Les llevaré a la parroquia de Santa Ana... Precisamente conozco al párroco de allí...

Al instante, el automóvil de Arturo se detenía en la puerta del jardín...

La parejita subió, recibiendo una efusiva despedida de Amelia...

Al arrancar el coche, Arturo sonrió maléficamente...

El automóvil de Arturo salió rápidamente y la parejita gentil sintióse llena de emoción.

Empezó la conversación entre los dos enamorados jóvenes, y al poco rato intervenía Arturo...

— ¡Y qué, amigo Héctor!... ¿Vais a hacer también un argumento de vuestra fuga?

— Oh, sí; maravilloso, romántico, poético... Será mejor, mucho mejor que *Pecado*...

— Y usted, Angelita, no teme que pueda ocurrirle nada con la huida?...

— ¿Cómo, ocurrirle nada?... ¿No estoy yo a su lado?... — respondió con cómica valentía Héctor...

— ¿No teme que pueda quedarse defraudado, señor Leach?...

— De ninguna manera!... Soy listo, pero muy listo para que nadie me la pegue.

¡Me alegro, amigo mío, me alegro! — contestó sonriente Arturo. Y cambiando de camino redobló la marcha...

A los pocos momentos de la partida de los pimpollos, la señora de Forbes y de Van Dyke entraban del jardín para dirigirse al descanso, después de haber «solucionado» varias dificultades sobre el interesante asunto del estudio cinematográfico.

Amelia se acercó con mucho misterio a la señora del rey del petróleo, y le dijo con la mayor candidez:

— ¡Tengo que darle una gran sorpresa!...

— Diga, amiga mía.

— Héctor Leach se ha fugado con Angelita... ¡Qué suertel! ¿Verdad?

La madre de la fugada estuvo a punto de caerse de espaldas, pero pudo más su admiración por el

autor de argumentos que otro sentimiento; por lo que se limitó a contestar:

— ¡Pobre hija mía! Y no habérmelo dicho antes que la hubiera dado lecciones de bien portarse.

Samuel Forbes, que había oído algún ajeteo, salió hasta la escalera, preguntando a su esposa:

— ¡Mabel! ¿Dónde está Angelita?

Ni Amelia ni Mabel habíanse acordado de que estaba Forbes por en medio; así es que la esposa de Samuel balbuceó...

— Ha... ha salido a dar un paseo con el señor Leach... un paseo que terminará en casa del cura seguramente...

Forbes se quedó como quien ve visiones...

— ¿Y dices que con el señor Leach?... ¿Con ese imbécil de las películas? ¡Eso es intolerable... vaya locura!

— Pero... ¿por qué no quiere usted por yerno a Héctor? — preguntó inocentemente Amelia —. ¿Qué mejor partido para su hija que un hombre de talento?

— ¿Hombre de talento llama a ese microbio?... ¡Daría un millón de dólares por verlo ahorcado!

— Pues, señor, mis deseos eran buenos... pero me parece que no he acertado — dijo Amelia, llena de consternación, al hallarse sola en su habitación.

* * *

La escena que tuvo lugar entre los esposos Forbes es de las que pueden salir en la página de « sucesos » de cualquier diario.

— Por tu culpa, por tus manías de encontrar un autor de argumentos de películas, hemos venido a Los Angeles, y ya ves qué colección de contratiempos nos suceden...

— Pero, Samuel... yo no podía suponer que esto sucediera así...

— ¡Claro! Con decir que vosotras no creíais que el mal llegara, tenéis todas las cosas arregladas.

Y mientras el diálogo continuaba animándose, las piezas de ropa, las prendas todas de vestir, saltaban de una a otra parte, daban vueltas por el aire como aviones escampados en guerrilla... Samuel Forbes estaba hecho una fiera... Pero es que, a la verdad... ¡no le faltaban motivos!...

V

Mientras el señor Forbes no podía en manera alguna conciliar el sueño, y su esposa sollozaba, fingiendo más dolor del que en realidad sentía, el automóvil guiado por Gordon seguía por la carretera con gran rapidez...

Durante este tiempo de camino, los novios ni se dieron cuenta de dónde les conducía Arturo, que maliciosamente sonreía, cada vez que Héctor se dejaba llevar por su natural arrebatado...

Al llegar a un lugar bastante apartado de la ciudad, se detuvo el coche...

Arturo, fingiendo la cosa más natural del mundo, se dirigió a Héctor...

— Señor Leach... ¿Quiere usted mirar la luz de atrás, que me parece se ha apagado?

El joven, lleno de buena fe y con el mejor deseo de servir a Arturo, bajó y se fué detrás del coche...

¡Cataplúm!... Cuando se había agachado, Arturo tiró su propia maleta a la cabeza y salió escapado a toda marcha con su preciosa carga.

Leach jamás había sospechado que un accidente de esta naturaleza pudiera entrar en ninguno de los argumentos por él creados...

Cuando reaccionó de la sorpresa, creyó que todas las fieras de su terrorífica película *Pecado* iban a salirle de entre los matorrales y escondrijos del bosque... y echó a correr con toda la fuerza de sus piernas, por la carretera donde el automóvil de Arturo se llevaba el mundo de sus ilusiones...

Arturo se había vengado fieramente de todas las amarguras que Héctor le ocasionó, durante su estancia en su domicilio.

Al día siguiente, poco rato después de levantarse el señor Forbes, fué llamado al aparato... Al terminar salió disparado como un proyectil en busca de la esposa de Gabriel.

— Señora : tengo que hablar con usted.

— ¡Usted dirá, señor Forbes!...

— Mi hija acaba de telefonarme diciendo que se ha casado, y que usted fué la que la incitó a ello...



“María, ¿qué desgraciada soy!”

— No. Eso no, señor. Leach fué el que la conquistó. Yo me limité a protegerles...

Samuel no pudo contener ya su indignación. Aquello pasaba de castaño obscuro...

— ¡Señora!... ¡Maldita sea la hora en que se lo ocurrió a usted invitarnos a su casa!

En aquel momento abrióse la puerta del piso, llegando Gabriel, que pudo oír parte de las no muy suaves palabras de Forbes.

— ¿Tiene usted que quejarse de algo, señor Forbes?...

— ¿De ALGO?... ¡Señor Gordon: no quiero tener negocios con usted bajo ningún concepto!... ¡Nuestro compromiso queda roto de ahora para siempre!

Gabriel no volvía en sí de su asombro. Cuando Samuel subía a su habitación, él preguntó a su esposa, mientras la conducía al despacho...

— Pero ¿qué has dicho al señor Forbes?

Le dije, con la mejor intención, que tenías muchos negocios, para darte importancia delante de él y que viese que no eras un pelagatos cualquiera... ¡Por eso se ha incomodado!

— ¡Pues sí que la has hecho buena, hijita!... ¡Muchísimas gracias!... ¡Acabas de estropearne un negocio que podía hacerme rico en poco tiempo!

— ¡Y yo que quería ayudarte!

— ¡Pues hija, sí que te has lucido!... ¿Y Arturo?...

Amelia le contó entonces la aventura de Angelita y de Héctor. Pero lo que ella desconocía era el final...

Gabriel, de carácter templado, procuró evitar de momento lo más grave...

Inmediatamente dispuso Gabriel que el empleado del despacho saliera para la vecina parroquia de Santa Ana, a fin de cerciorarse bien de que lo del casamiento no era una de tantas bromas del botarate Leach, puesto que en Los Angeles no había parroquia que no le conocieran y despacharan con cajas destempladas, cada vez que se presentaba con alguna joven que, incauta, se dejaba prender en las «tupidas» y estúpidas redes de su amor pasajero...

En casa del abogado Bernardo Patterson, de Nueva York — al que ya conocemos —, reinaba la mayor consternación. Jak, el hermano maniático de grandezas, había desaparecido de su domicilio.

Verdad era que no sucedía esto por primera vez con Jak Patterson: hacía una escapada, pero al día siguiente estaba de vuelta, sin que la cosa pasara a mayores. Pero ahora hacía ya más de ocho días que se ignoraba su paradero.

Al salir de su casa Patterson halló al conocido Van Dyke, de Nueva York, consejero, precisamente, de la Compañía petrolífera...

— Acabo de tener un disgusto, amigo Patterson...

— ¿Y eso?

— Sencillamente, acabo de leer en el *New York Herald* que ha llegado a Los Angeles el billonario

Van Dyke, para establecer una fábrica de aeroplanos mundial... y eso es una patraña, que además me compromete ante la entidad europea de aviones que represento...

Patterson comprendió en seguida que había descubierto al paradero de Jak.

— ¡Caramba! ¡Vaya ocurrencia la de los periodistas!

— Pero, es que temo sea hecho esto por mis enemigos, especialmente por Forbes, que está estos días en Los Angeles, metido, según dicen, en no sé qué clase de negocios...

— Vaya, no se apure por tan poca cosa; con la publicación de una sencilla nota de sociedad en que se hable de su estancia en Nueva York, queda el embrollo deshecho...

— Tiene usted, Patterson, mucha razón.

Bernardo no tardó muchas horas en coger el expreso para Los Angeles.

V

Gabriel Gordon se hallaba apenadísimo, por el cariz desastroso tomado por sus negocios, empezados con tan buen augurio.

Amelia no sabía cómo expresar su tardío, a la par que sincerísimo sentimiento por la torpeza cometida, y entre lloriqucos y mimos intentaba dulcificar la pena de su esposo...

Cuando la mujer comete una falta, pocas veces llega a enojar a su esposo, si la misma sabe de ello

darse cuenta y sin amor propio sabe hacerla olvidar con caricias al marido.

Además de estas circunstancias, concurrían en Amelia las de su ingenuidad y su belleza, y por tanto, no es de extrañar que al poco rato la indignación de Gabriel se calmara, y lo que en principio eran reconvenciones, fueran suavizándose poco a poco quedando convertidas en una especie de balidos de cordero, que los labios frescos y juguetones de la esposa amante iban apagando dulcemente.

— Bien, Amelia, no hay que apurarnos; si no es en esta ocasión será en otra.

Unos golpes dados discretamente en la puerta de la habitación les interrumpieron.

— ¡Adelante! — dijo Gabriel...

El supuesto Van Dyke se adelantó, ceremonioso, y Amelia se apresuró a presentarlo a su esposo, pues con la precipitación de los primeros momentos no se había acordado.

— ¡Gabrielín! tengo el gusto de presentarte a nuestro huésped, Mr. Van Dyke, de Nueva York!...

— ¡Ah!... ¡Cuánto lo celebro!... ¿Es usted el señor Van Dyke... el billonario?

— Para servirle... Y precisamente por eso, perdóneme que interrumpa sus naturales expansiones. Enterado del negocio, creo que puedo arreglarlo todo.

Gabriel y Amelia se miraron asombrados.

— Su esposa — continuó el intruso — ha sido estos días muy amable y cortés conmigo, y quiero

que vean mi agradecimiento... Además, siempre me han tentado los negocios de petróleo...

— Gracias, señor Van Dyke — exclamó con júbilo Amelia, dando un fuerte abrazo a su esposo...

Al menos su « plan » no resultaba del todo mal...

— Entonces, pues, ¿puedo contar con su cooperación? — preguntó Gabriel.

— En absoluto... Yo soy hombre de grandes iniciativas, señor Gordon.

— ¿Sería usted tan amable que dijese esto mismo al señor Forbes?

— Ya lo creo : así verá este señor que donde está Van Dyke está vencido él.

Amelia no cabía en sí de gozo : abrazada a su esposo, no cesaba de besarle...

Gabriel siguió luego su conversación con Van Dyke, que ponía el fuego de su entusiasmo en la exposición de sus planes.

— ¿Y cree usted que Forbes va a temer su intervención, señor Van Dyke? — preguntó Amelia... — Apenas se molestó en saludarle a su llegada, como si no le conociera.

— ¡Ah, señora! Es que Forbes no quiere tratos conmigo, desde que le derroté en un importante negocio de fábricas de azúcar, y finge no conocerme... Esto pasóme también con Rockefeller, el rey del betún...

— ¿Con Rockefeller? — exclamó con extrañeza Gabriel... — También derrotó a Rockefeller usted...



¡La vida era tan bella!

— Ya lo creo... Sólo gané cien millones... ¡Nada, un fuego!

Pues subamos, subamos, a saludar al presuntuoso de Forbes — dijo Gabriel.

— ¡Sí, sí... ¡Que rabie este vanidoso y malcarado de viejo! — añadió Amelia...

Cogidos del brazo subieron a la habitación de Forbes, que estaba preparando el equipaje con su esposa, dispuesto a salir inmediatamente para Nueva York.

Llamaron a la puerta, y Forbes salió con una

cara de pocos amigos, capaz de espantar al más ecuaníme...

— Señor Forbes — dijo Gabriel — ha sido una suerte para mí, que se haya roto nuestro compromiso, pues el señor Van Dyke acaba de hacerme proposiciones muy interesantes... ¿No es así señor Van Dyke?

— ¡Completamente cierto!... Es una pequeña cuestión de afecto... Nada; expongo mi pequeña fortuna...

Forbes quedó más maravillado que cuando su esposa le participó la huida de su hija con Leach...

Entró en la habitación echando chispas.

— ¡Van Dyke y sus incontables millones van a encumbrar a Gordon!... ¡Ellos harán el negocio y a mí me echan fuera!

— ¡Eso te está bien, por tu impaciencia y falta de cortesía con Amelia! — exclamó su esposa, indignada...

Entre los dos empezó un diálogo de capítulos de cargo, en el que las piezas de ropa que debían entrar en el baúl tomaron parte activísima en el ajeteo...

Lo que había ocurrido entre Arturo y Angelita era, sencillamente, que, pasada la primera impresión de atolondramiento de Angelita, y que el « accidente » ocurrido a Héctor contribuyó muy mucho a desvanecer, la joven comprendió lo absurdo de su propósito, y rogó a Arturo que se detuviera en la marcha.

Arturo accedió gustoso... La luz de la luna y la placidez de la noche invitaban a los corazones a los coloquios románticos.

Bajaron del coche y sentáronse bajo la guarda de la blanquecina luz del faro nocturno, y estuvieron unos momentos sin decirse palabra.

Al fin Angelita rompió el silencio...

— ¿Qué habrá pensado de mí, señor Gordon?... ¡Ni yo misma me doy cuenta exacta de mi torpezal...

— ¡Angelita: yo no pienso más que una cosa... y es que usted es muy linda y muy simpática, y que hubiera sido una verdadera lástima que aquel monigote se la hubiera llevado!

— Verdaderamente, ahora comprendo que iba a cometer una solemne locura...

— En cambio, yo creo que sería capaz de hacerla feliz...

— ¡Ay, Arturo! Si en vez de haberme hablado este ridículo escritorzuelo... me hubiera hablado usted, quizá no me vería ahora tan avergonzada...

— No se apure por tan poca cosa; ya me explicaré yo a sus padres...

— Sí; pero como yo conozco a mis padres, y a estas horas ya deben haberme desheredado al saber que me fugué con este imbécil de Leach...

— Bah, poca cosa es eso; además si usted quisiera... tiene un fácil arreglo...

— ¿Cómo?

— ¿No iba ya con la intención de casarse?...

- ¡Sí!
- ¿No estamos cerca de la parroquia de Santa Ana?
- Sí, señor; pero ¿qué quiere usted decir con eso?
- ¡Que... puede casarse igualmente!
- Pero, ¿con quién?
- ¡Caramba!... Pues conmigo, si usted gusta...
- ¡Tiene usted razón!
- ¿Aceptado?
- ¡Con sumo gusto!
- ¡Ahora sí que van a tener una verdadera sorpresa todos los de allí!

Y con gran alegría volvieron a montar en el coche.

A primera hora de la mañana, Angelita telefoneó a su padre, al que si bien manifestó que se había casado, dejó de explicarle con quién.

La madeja seguía, entretanto, enredándose en casa de los Gordon.

Sentados en sendas butacas, Gabriel, Van Dyke y Amelia habían comenzado a detallar los planes a seguir.

La conversación era llevada con gran seriedad por parte de todos, y especialmente Van Dyke se explicaba dando al negocio unas proporciones fantásticas.

Gabriel, no obstante y ser arriesgado y emprendedor, se espantaba ante algunos párrafos de la exposición del billonario neoyorquino.

— Y bien, amigo Gordon... ¿Qué capital necesitará usted para empezar?

— Creo que con medio millón de dólares habría bastante, de momento...

— ¡Eso es poco!... — Y añadió Van Dyke, con la mayor indiferencia — ¡Mañana pondré a su disposición cinco millones de dólares...

— ¡Caramba! ¿Quizá exagera usted un tanto!... De ninguna manera; yo sé lo que me digo...

El señor Forbes es un hombre poderoso, y si queremos luchar contra él debemos ir bien pertrechados de dinero!

En aquel momento entró Marta, la doncella.

— Un caballero desea ver a la señora...

— Con su permiso, señor Van Dyke.

Los dos financieros continuaron su interesante conversación.

El supuesto billonario iba cada vez más entusiasmándose y fantaseando.

Gabriel se alarmó un poco, y quedó perplejo al oír la siguiente proposición...

— Señor Gordon — exclamó de repente Van Dyke —, ¿quiere usted que metamos en el negocio un par de billones y arruinamos a Rockefeller?...

— Pero ¿qué tiene que ver Rockefeller en nuestros asuntos?...

— Sal un momento, Gabriel... Hay un señor que desea verte — dijo Amelia, haciendo una seña muy especial a su esposo...

— Usted perdone, Van Dyke...

El billonario más o menos auténtico quedóse, sentado, hablando consigo mismo y continuando con sus ademanes pausados...

En el recibidor de la casa de Gordon estaba esperando un señor de aspecto grave, cabellos canosos, alto y de buen porte, que en cuanto vió a la dueña de la casa hizo una muy cortés reverencia...

— ¿Es a la señora Gordon a quien tengo el honor de saludar?

— La misma, caballero.

— Soy Bernardo Patterson, abogado en Nueva York...

— Ya dirá en qué podemos servirle...

— ¿No tienen entre sus huéspedes a un señor Vanderbilt?...

— No, señor...

— ¿Y un Astor, o un Morgan, o un Rothschild? Un caballero de buena presencia, que toca el piano...

— Quizá se refiera usted a un tal Van Dyke... Un gran financiero...

— Sí, señora... Su verdadero nombre es Jak Patterson... Es mi hermano...

— ¿Entonces?...

— Ustedes perdonen... Mi pobre hermano está loco..., tiene la manía de grandezas y acostumbra hacerse pasar por cualquiera de los grandes magnates del dinero...



Sus ojos tropezaron con los brillantes...

— ¡Ah!... ¿Luego, no es billonario... ni millonario siquiera?...

— Desgraciadamente, no, señora; mejor dicho,afortunadamente. Porque de tener dinero quizá su locura fuera peor y más peligrosa...

— Permita, pues, que avise a mi marido...

— Procure que él no se entere de que estoy aquí, antes que me vea...

— ¡Pierda usted cuidado!

Amelia, llena de pesar por el contratiempo, entró en busca de Gabriel.

— ¿Qué es lo que dice mi esposa, caballero?... Ahora comprendo ciertas incoherencias...

— Dolorosamente es así, señor Gordon; mi pobre hermano es una pena muy grande para nuestra familia...

— Lo que le suplico, señor Patterson, es que no haga usted saber a nadie que su hermano no es el Van Dyke afortunado... Tengo otros invitados, y esto podría interpretarse en diversas formas.

— Por mi parte no tema la menor indiscreción...

Amelia había salido rápidamente, en cuanto su esposo saludó a Patterson, así es que no pudo oír el ruego que Gabriel dirigía al hermano de Jak...

Gabriel y Patterson subieron a las habitaciones superiores en busca del pobre maniático.

Gordon vió por segunda vez fallidos sus planes, y de buena gana hubiera cometido cualquier disparate para que el Van Dyke auténtico muriera de repente, ya que su nombre había causado tan gran desengaño.

Y si se supiera... ¿cómo quedaría ante los ojos de los Forbes, del grupo de Los Angeles, de los financieros de San Francisco?...

Verdaderamente, aquella era una situación capaz de volver los sesos al más equilibrado...

VI

Si grande era la inquietud del desdichado Gabriel, no menor el enojo de Forbes, que se veía burlado

y humillado, suponiendo que Van Dyke era el auténtico y fabuloso billonario...

Mientras Mabel, su esposa, estaba preocupada en arreglar los equipajes y aguardando con impaciencia noticias de Angelita, Samuel iba de una a otra parte de la habitación dando fuertes taconazos en el suelo, no pudiendo disimular su contrariedad...

— ¡Yo no puedo consentir que Van Dyke me venza así como así, por un capricho de mujer!

— ¿Ves? Si en lugar de despreciar las atenciones y obsequios de la señora de Gordon, hubieses tenido más cordura y serenidad, no sería Van Dyke quien ocuparía el puesto que tú abandonaste...

— ¡Calla, por Dios, mujer!... No sabes qué es de tu hija... ¿y llamas poca cordura al no poder aguantar las excentricidades de la mujer de Gordon, que nos ha perjudicado tanto?

La de Forbes se contuvo ante esta observación, que no dejaba de tener su peso...

Forbes continuó:

— ¡Pero no está todo perdido!... ¡Yo le haré a Gordon unas proposiciones tan buenas, que indudablemente va a desechar en el acto las de Van Dyke!...

Iba a salir al encuentro de Gabriel, cuando al abrir la puerta se encontró con Amelia, que iba a llamarle...

Estaba muy trastornada, y con ojos suplicantes se dirigió a Samuel...

— Señor Forbes... ¿por qué no reanuda usted sus tratos con Gabriel?...

Forbes comprendió que algo extraño había pasado entre Van Dyke y Gordon.

— ¿A qué viene este ruego, señora?

Llevada de su prurito de arreglar los entredos y poder ayudar a su marido, creyó Amelia que la sinceridad que en la vida común es muy loable y es un defecto en la vida financiera, debía ser su norma, y con la mayor buena fe cantó de plano, lo que debiera haber callado...

— Es que... acabamos de saber que ese Van Dyke no es quien nosotros creíamos... Y no tiene millones, sino manías... ¿Lo comprende, ahora señor Forbes?...

Samuel Forbes no sabía qué partido tomar; estaba realmente desconcertado. ¿No sería una nueva estupidez la comedia por Amelia?...

¿Acaso no había el mismo Gabriel hecho la presentación de Van Dyke?

Samuel no tenía razón alguna hasta entonces de dudar de Gabriel...

— ¡Perdone un momento, señora Gordon...

Volvió a entrar en su habitación, y consultó a su esposa.

Por casualidad habíase ésta detenido en la lectura de un diario de San Francisco.

— ¡Mira... Samuel! vaya chasco! — dijo a su marido.

Samuel Forbes leyó: «Acaba de firmarse por el grupo financiero de San Francisco la contrata de ingreso colectivo en un importante «trust» internacional petrolífero, del cual sólo se sabe el nombre

del secretario señor Gordon, y que está integrado por uno de los millonarios más fuertes de Nueva York.»

Samuel Forbes decidió esperar, y salió nuevamente preguntando a Amelia...

— ¿De modo... que ese Van Dyke es un mito?...

— ¡Sí, señor!... — contestó compungida la esposa de Gabriel.

— Bien, bien... ¿Y su marido se ha quedado sin ninguna proposición para su negocio de petróleo?...

— Sin ninguna...

— ¡Gracias, señora... muchísimas gracias... No sabe usted el favor que acaba de hacerme!... ¡Dentro una hora salimos mi esposa y yo para Nueva York!...

Ante estas palabras comprendió que nuevamente había cometido una indiscreción que imposibilitaba a su marido de hacer negocio alguno...

No pudo contener las lágrimas, y echándose en brazos de la fiel y vieja Marta, le dijo con amargura...

— ¡Marta, Marta de mi vida, qué desgraciada soy; cometo una torpeza sobre otra!... ¡Quería salvar a mi Gabriel, y lo he arruinado!... ¡No hay en todo el mundo una mujer más tonta que yo!...

¡Que nadie suba a mi cuarto! — añadió, subiendo precipitadamente la escalera...

Entrada en su habitación, cerróse por dentro, cogió papel y pluma y escribió...

Era preciso que Jak Patterson no se exaltara y siguiera, no obstante, a su hermano.

El buen sentido aconsejaba, en este caso, usar de la misma manía del alienado, para poderle atraer fácilmente.

Van Dyke de pacotilla no conoció a su hermano, lo cual no fué un inconveniente.

— ¡Hola, señor Van Dyke!... Acabo de llegar de Filadelfia y traigo interesantísimas noticias de París y Hessen para usted.

— ¿Para mí?

— Sí, señor; pero ya comprenderá usted que tratándose de aquel asunto tan reservado, es preciso que salga de aquí inmediatamente y se venga conmigo...

— Es que estaba tratando de un gran negocio... ¡Nada menos que vamos a vencer al gran Rockefeller!... ¡Figúrese usted, señor!...

— Sí, sí; pero es el caso que si no viene usted conmigo al instante, no puedo ayudarle a obtener aquel negocio de la fábrica de aviones, para surtir a todas las naciones del mundo...

— Tiene usted razón... Ahora me distraía con el negocio del petróleo...

— ¿Vamos, pues?...

— Sí, marchemos; es preciso activar el ajuste de las telas... Además el petróleo, ¿sabe usted?, amigo... ¿Cómo se llama usted?... amigo...

— Sí, amigo Banderbilde...

— Eso es, Banderbilde... ¡Ah, mi buen amigo Banderbilde!...

Y cogidos del brazo salieron por el pasillo.

En aquellos momentos el señor Forbes pensaba que quizá Gabriel Gordon no era tan infeliz como creía... ¡Acaso podría serle útil en algo!... Con esta reflexión se dirigía hacia donde Gabriel estaba trabajando.

— ¿De modo que Van Dyke el billonario? ¡Je, je, je! ¡Tenía gracia la cosa!... ¡Voy ahora a ver qué piensa el señor Gordon!

Con estas disposiciones iba, cuando en el pasillo encontró al conocido abogado Bernardo Patterson, cuya compatibilidad y solvencia en las compañías y «trusts» era conocida de todo Nueva York...

— ¿Qué le ha traído por aquí, señor Patterson?...

— Como siempre... Asuntos de negocios, señor Forbes... ¡grandes asuntos!...

El buen abogado dijo otras palabras para disimular la triste misión que le traía a la mansión de los Gordon... y ello motivó que el gran Forbes cambiara de opinión...

En cuanto encontró a Gabriel Gordon, Forbes procuró hacerse el amable...

— Hace unos instantes que su señora me decía que Van Dyke era un niño...

— ¿Eso dijo? — preguntó, contrariado, Gordon.

— Sí, señor; y la había creído, a la verdad. Pero ahora comprendo que me quería engañar... porque... acabo de ver al señor Patterson, al célebre abogado de Nueva York... y supongo que no habrá venido a pasar el tiempo con un loco...

Gabriel vió en estas palabras un pequeño rayo de esperanza, y decidió aprovecharlo...

— Es usted un hombre muy listo, señor Forbes. Veo que no le pasa nada desapercibido.

— Me precio de ser algo avisado en cuestiones de negocio... y por lo tanto, voy a hacerle una proposición mejor que la que le haya hecho Van Dyke...

— Es que el señor Van... puede ofenderse...

— ¡Nada, nada; lo dicho!... ¡Usted determinará qué es lo que más le conviene!...

Entraron en el despacho, y Forbes, el hombre listo, cayó en la trampa. Las condiciones que ofreció, como es de suponer, fueron para Gabriel cien mil veces superiores a las del desgraciado demente...

Al cabo de una hora quedaba firmado el contrato y constituida la nueva entidad petrolífera, cuya gerencia se otorgaba a Gabriel Gordon...

Forbes accedió a quedarse todo el día; además, debía aclararse el asunto de la aventura de Angelita.

La cena transcurrió dentro de la mayor intimidad, si bien la alegría no abundó debido a la inquietud por la suerte de la pareja...

Amelia no había bajado... Marta afirmó que la señora tenía jaqueca.

Estaban a punto de finalizar la comida, cuando llamaron a la puerta...

La señora Forbes dió un suspiro... Samuel puso cara de malas pulgas...

¡Serán los «aventureros»!, se dijeron a una los comensales...

Efectivamente, entró en el comedor, alegre como unas pascuas, la gentil Angelita... A pocos pasos le seguía Arturo... con la cara sonriente...

Samuel Forbes se levantó indignado, al ver el desenfadado de su hija...

— Bien, señorita de... de... ¿cómo se llama aquel imbécil, que ni se presenta?...

Arturo y Angelita se miraron, reprimiendo la risa.

— ¿Ya tienes la seguridad de que estás casada? — prosiguió iracundo el rey del petróleo...

— ¡Sí; la seguridad absoluta, papá!

— ¡Pues esa seguridad voy a destruirla yo, porque en mi familia no consiento que haya un autor de argumentos de películas!...

— ¡Ni en la mía! — exclamó Arturo...

— Muy bien dicho, señor Gordon... ¿Pero, dónde está este bicho ridículo que te ha fascinado?

— No se apure, señor Forbes... Leach está molido en medio de la carretera, con un palmo de narices y sin novia.

— Así... Angelita... ¿no estás casada?

— ¡Sí, papá!...

— ¡No entiendo este lío!... ¿Qué ha pasado, pues? ¿Quién es tu esposo?...

— Este, su afectísimo, seguro servidor que estrecha su mano — dijo levantándose el joven Gordon.

Todos rompieron en una carcajada de satisfacción...

— Eso ya es harina de otro costal — exclamó el serio padre de la bella Angelita...

La madre no pudo contener unas lagrimitas de rúbrica, mientras en su pecho abrazaba a la joven.

— ¡Esto es una alianza completa, señor Forbes! — exclamó Gabriel, estrechando la mano de su colega.

Después de estar un buen rato de sobremesa, se dispusieron a ir a descansar.

Cuando Gabriel entró en su habitación, halló un sobre a su nombre encima el tocador...

Abrió y leyó:

« Gabriel de mi vida: Estoy convencida de que soy una tonta sin remedio, y comprendo que no me podrás perdonar... Me voy para siempre... Adiós...

Tuya, Amelia. »

Gabriel quedó anonadado... ¡Amelia creía que su marido estaba perdido por su culpa!...

Debajo de las líneas anteriores habían otras con letra completamente distinta...

« Dispénsame que haya abierto la carta, pero la señorita se va al país donde ustedes pasaron su luna de miel... Yo voy con ella. — Marta. »

A pesar de estas últimas palabras, Gabriel no se tranquilizó... Conocía el carácter impulsivo de niña mimada de Amelia y temió alguna tontería.

Aquella misma noche, sin decir una palabra a nadie, salió para la posesión de Yosemite.

La estación en Yosemite empezaba a ser algo cruda, Amelia se había dirigido a la bella población, porque no pudo aguantar la pena, que en su enfermiza imaginación había alcanzado proporciones fantásticas, al creer que *para siempre* había arruinado a su marido...

Allá en la casa que sus padres le regalaron para pasar su luna de miel, creyó hallar un consuelo a sus dolores, y Gabriel no acudiría, de momento por lo menos, y no tendría que soportar su vista como un tormento...

En el viaje la acompañó únicamente Marta, que desde su infancia jamás se había apartado de su lado.

El paisaje que en aquel país presentaba el aspecto del invierno, contribuyó a entristecerla aún más.

Entre sollozos veía deslizarse cuanto en otro tiempo le alegrara...

Las cumbres de los montes cercanos comenzaban a coronarse de nieve, y los pantanos y cascadas se hallaban en toda la fuerza y apogeo...

Una vez llegada a la casa, amueblada al estilo de cabaña, pero con todas las comodidades, Amelia dejóse caer en un diván y empezó a llorar copiosamente.

Marta trató de consolarla inútilmente...

Al caer de la tarde, salió sola de paseo por aquellos alrededores...

Al llegar al puente, tantas veces pasado con Gabriel, recordó con profunda melancolía los días y los momentos felices que con su esposo pasaron allí, un año atrás, durante su dulce luna de miel...

Sintió como si toda la sangre de sus venas afluyera al corazón...

Creyó que las montañas iban a caerle encima, y la cabeza le daba vueltas...

¡Amelia sentíase sola, olvidada!... Propensa a todos los romanticismos. Muy en su papel de criatura desgraciada, creía que lo más a propósito para su situación dramática era morir...

¡Miró como por última vez el firmamento, dirigió sus ojos al abismo de aguas que rugientes corrían bajo el frágil puente de madera... se inclinó sobre la baranda de troncos... cerró los ojos... y quedó más clavada en las tablas que con clavos de acero!...

Abrió nuevamente los párpados; unos pájaros revoloteaban pidiendo y empezaba su murmullo suave la brisa vespertina, impregnando de aromas el aire...

— ¡Qué hermosa es la vida... y está tan colmada de esperanzas! — dijo la esposa de Gabriel... Y con paso muy corto, para poder saborear las bellezas del atardecer de aquel paisaje otoñal, dirigióse de nuevo a su chalet...

— ¡Ay, Marta!... ¡No puedo vivir sin mi Gabriel... y me falta valor para morir!... ¡Marta, mi buena Marta!... ¡Crees que me podrá perdonar mi esposo?...

— ¡Uy!... Cosas más raras se han visto... señorita... ¡Siéntese en esta butaca y mire, hacia la izquierda, qué bello panorama se descubre!

— Pero si es ya tarde...

— ¡No es tarde, no, señorita; fíjese bien!

Amelia obedeció como un autómata; sentóse en el lugar indicado y volvió su vista hacia la izquierda...

Unos ojos dulces y brillantes estaban fijos a los suyos...

— ¡Gabriel... tú aquí... ¡Mi Gabriel!

Efectivamente, era el esposo que llevaba con la sonrisa en los labios el perdón en el corazón y el fuego ardiente del amor en el pecho.

— ¿Me perdonas, Gabriel mío?...

— Claro, mujercita mía... si no has cometido ningún pecado...

— ¡Todo lo hice con la mejor intención!

— Va lo supongo, mujer; lo supongo y por esto estoy aquí...

— Es que soy una esposa amante.

— Bien está, hija mía, que las esposas sean amantes... pero no demasiado amantes... que todos los excesos son malos en la vida.

Un verdadero ósculo de paz unió los labios de aquella feliz pareja...



1000

DIRECCIONES DE ARTISTAS
CINEMATOGRAFICOS

Concedores de la utilidad que ha de tener un libro con las direcciones de los principales artistas de la pantalla y casas productoras, nos hemos decidido a publicar el tomo, que ofrecemos a nuestros lectores.

Precio de este interesantísimo libro:
UNA PESETA

BIBLIOTECA PERLA

Tomos publicados

LA LLAMA DEL AMOR, por Pauline Frederick.
JURAMENTO OLVIDADO, por Mary Kid y Michel Varkon.
LO QUE CUESTA EL PLACER, por Virginia Valli y Jaime O. Barrons.
AMBICION CIEGA, por Eleanor Boardman.
¿Y ESTO ES EL MATRIMONIO? por Eleanor Boardman.
CON LA MEJOR INTENCION, por Constance Talmadge.

Precio de cada tomo

60 céntimos

213



50-
50-
50-
50-
50-
50-
50-
50-
50-
50-

500-

520
- 20

500